

FBI



**ROMPECABEZAS
ELECTRONICOS**

**MORTIMER
TODY**





© MORTIMER CODY

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)

Publicación semanal,
aparece los viernes.

Cubierta impresa en FOLDING-ROBLE MADERA



de TORRAS HOSTENCH, S. A.

Printed in Spain

D. L. M. 37.776-1973
ISBN 84-04-02069-8

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez. 15 - MADRID

MORTIMER CODY

ROMPECABEZAS ELECTRONICOS

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
MADRID (Madrid)
ESPAÑA

PREPARANDO EL VIAJE

El auto, un «Opel-Kadett» azul oscuro, estaba detenido, sin luces, en un punto muy cercano a la rocosa costa de Cap D'Antibes;

en la Costa Azul. Entre Einlenroc, y Cap Gros. A la derecha del vehículo había una explanada tan negra que podía parecer la boca de un embudo. Hacia esa explanada enfilaba el morro del coche.

En el interior del «Opel», la mujer fumaba un cigarrillo con absoluta calma, sin que, al parecer, la espera le produjese la menor tensión. La mirada de la mujer vagaba por los reflejos del mar, por las rocas húmedas, por la espuma blanca, agua pulverizada, que producía el choque de las olas contra las rocas.

El hombre, impasible, prefería, no obstante, inspeccionar el cielo. Su mirada oscura recorría, de vez en cuando, el espacio exterior, en torno al auto. No fumaba, no hablaba... Si acaso, de vez en cuando miraba a la mujer que tenía a su lado.

Lo más lógico, después de todo, ya que aquella mujer merecía ser mirada. Entre los veinticinco y veintiocho años, aquella impresionante morena, de ojos enormes, brillantes, boca bien dibujada, sensual y soberbia figura, parecía haber alcanzado un límite de belleza. Imposible más. Imposible.

Vestía con sencillez, pero con natural elegancia: un traje-pantalón amarillo, que parecía rellenar de luz sus formas. Un peinado liso y algún mechón descuidado le caían sobre el rostro.

Tiró la colilla por la ventanilla, y sin mirar al hombre, dijo:

—¿Le parece que tardan, Anould?

—No, de momento. En estas circunstancias siempre hay que conceder un margen de unos quince minutos... Pasan sólo seis minutos de la hora —fué le respuesta de Jean Anould.

Ella, entonces, como distraída, miró hacia el cielo.

—Esperemos que no haya ocurrido nada —musitó.

—No creo, Rita. El asunto se está llevando a cabo en el más estricto secreto, con la máxima discreción. Por otra parte, el trabajo que se está realizando aquí es sumamente sencillo.

—¿Las dificultades para luego? —inquirió, con una sonrisilla, Rita, mirando a Anould a los ojos.

—No, no... No se temen dificultades. Insisto en que lo peor, lo realmente difícil, el trabajo duro se realizó en su día. Todo esto de ahora es accesorio..., pero necesario, claro; yo diría, que imprescindible. Una misión muy difícil que tuvo éxito hace poco se completa con la que se debe realizar ahora, muy fácil.

—No creo en las misiones fáciles de espionaje, Anould —dijo Rita.

—Lo celebro. El hecho de que esté considerada como fácil no significa que debamos hacer las cosas alegremente, sin tomar las debidas precauciones... Lo que usted ha de trasladar, Rita, es de un valor muy considerable. Quizás no lo imagina.

—No me ha puesto al corriente de un modo exacto.

—Bien..., no debe sentirse mortificada por ello, Rita. Le aseguramos de que el hecho de que usted esté aquí, conmigo, esperando ese helicóptero, supone un alto índice de confianza en usted.

Rita volvió a sonreír, levemente; con la diestra apartó un mechón de sus negríssimos cabellos de su rostro; sus enormes ojos miraron de nuevo al cielo.

—Creo que llega el helicóptero, Anould —dijo de pronto—. Alumbra la explanada.

Anould echó un vistazo; en efecto, distinguió las luces del helicóptero que se acercaba, aun a buena altura, a la zona. Dio las luces largas, de modo que la explanada, quedaba iluminada, y aquellos dos faros eran una buena referencia para el piloto del helicóptero.

—Sí, ahí está... —murmuró Anould— puede ir dando por terminada su breve estancia en la Costa Azul, Rita... Ya sabe, todo está listo. Partirá esta misma noche. Tan pronto hayamos recogido lo que necesitamos iremos a Cannes. Creo que a las diez puede estar ya en alta mar.

Rita no contestó.

Como Anould, contemplaba la llegada del helicóptero, que se disponía a tomar tierra. Anould hizo un cruce de luces, señal de que todo estaba bien, y poco después, con el helicóptero en la explanada, y las hélices de grandes aspas perdiendo fuerza, miró a Rita y dijo:

—Vamos allá, Rita.

Cada uno usó su portezuela para bajar del «Opel», y se encontraron camino del helicóptero. Había allí dos hombres tan solo; uno ante los mandos, y otro que se estaba moviendo. Les daba la espalda en aquellos momentos, buscando algo detrás de sí.

—¿Alguna novedad? —le preguntó Anould al piloto.

—En absoluto, Anould... —Miró a la bella morena—. ¿Es Rita Miranda?

—Sí —dijo Anould.

El tipo sonrió, y dijo:

—Lamento que nuestra cita sea tan breve, Rita.

Ella le devolvió la sonrisa, tan sólo. Rita estaba apoyada, con cierta indolencia, en el helicóptero, prestando mayor atención al hombre que se volvía hacia ellos en aquellos instantes, con una maleta de buena piel, bien cerrada, en las manos. No parecía muy pesada, pero sí era voluminosa. Bajó y la dejó en tierra, a los pies de Anould.

—Ahí tiene, Anould. Atención —dijo aquel hombre.

—Sé lo que contiene la maleta, Tushenko —dijo Anould—. ¿Alguna otra advertencia, algún cambio, alguna novedad con respecto a ella?

—Nada. Que siga adelante el plan previsto. Y buena suerte. Especialmente para usted, Rita —dijo el ruso Tushenko.

—Gracias —musitó Rita.

Fue todo.

Tushenko volvió a su puesto en la cabina, y cerró. El piloto esperó a que Anould y Rita, el primero cargado con la maleta, se alejaran prudentemente del helicóptero para ponerlo en marcha. Estaban llegando al auto, cuando el aparato se puso en marcha, con fuerte rumor. Ascendía ya cuando Rita se dirigía al maletero del auto, para abrirlo.

Anould dejó un instante la maleta en tierra, mirando hacia el

aparato.

Rita dijo:

—¿Le ayudo a cargar?

—No es necesario...

—Apagaré las luces y daré contacto, entonces.

El helicóptero estaba ganando altura y se alejaba. Rita fue hacia los mandos del vehículo, y Anould cargó con la maleta, tras haber apartado algunos objetos del maletero, dejando limpio el hueco, la estaba depositando en el hueco, cuando ocurrió algo.

Fue, al principio, desconcertante. Luego...

Creyó que había sido una torpe maniobra de Rita, echando marcha atrás con el potente auto. Estuvo a punto de caer de espaldas, y empezó a gritar:

—¡Cuidado, Rita...! ¡Me está...!

Rugió con fuerza el motor. Rita, con la marcha atrás, pisó a fondo el acelerador, y entre el rugido y el grito ronco, de alarma y dolor, de Anould, las palabras de éste quedaron cortadas; nadie las escuchó, nadie les prestó atención. Anould había tratado de saltar de costado, pero no pudo evitarlo; fue atrapado de lleno, derribado; y desde el suelo, con los ojos muy abiertos, una mueca de horror en su boca, veía el auto, arrojarle sobre él...

Gritó de nuevo, cuando la rueda posterior izquierda, pasó por encima de él.

Rita, por su parte, notando haberle pasado por encima, maniobró hasta que se encontró con Anould de frente. Entonces, cambió la marcha, y adelantó, en vista de que Anould, aunque desueto, aún lo arañaba aun trataba de evitar lo imposible...

Rita, impávida, fría, asesina, pisó otra vez a fondo. De nuevo las ruedas pasaron por encima de Anould... Y no era necesario más, si bien Rita quiso cerciorarse. Frenó, se apeó del auto, y se acercó lo suficiente a Anould para comprobar que estaba muerto, reventado. Allí, de costado, lleno de sangre, magullado...

Luego, Rita caminó hacia el maletero del auto, y cerró la tapa.

Quedó junto al «Opel», mirando hacia el cielo, en la dirección en que debía estar volando el helicóptero.

Quince segundos más tarde, una arruga vertical empezaba a formarse en la frente despejada, tersa, de Rita...

La arruga desapareció instantes más tardes; desapareció en el

momento, en que arriba, en el cielo, ya a cierta distancia, aparecía de pronto, una bola roja. Algo, al parecer, había estallado de súbito... Sí, cierto; incluso se percibió, aunque lejana, más bien como un rumor que el aire, propagaba, aquella explosión... Y la bola iba descendiendo.

Era inevitable: la bola de fuego llegaría al mar...

Había sido fácil; mientras estuvo apoyada en la carlinga, colocar el artefacto explosivo, de adhesivo magnético y control de tiempo. Muy fácil.

La bola había desaparecido del cielo, y de la superficie del mar. El «Opel», veloz, se dirigía hacia el Boulevard de la Garoupe. Rita, hermosa, tranquila con actitud deportiva al volante, tenía hechos sus cálculos: lejos de Cannes inmediatamente Ella tenía preparado su viaje, pero partiendo de Marsella.

Y no sólo el itinerario del viaje iba a ser distinto.

Al llegar al cruce con el Boulevard Bacon, aun en Cap D'Antibes,

Rita detuvo el auto, y fue hacia el maletero, tomando la voluminosa maleta. Echó a andar; cuestión de unos cincuenta pasos. Vio el coche que se acercaba a ella, e hizo una seña muy conocida, además: «auto-stop».

El coche se detuvo ante ella; el conductor la miraba, con gesto un tanto preocupado.

—Todo bien —dijo Rita, una vez acomodada, con la maleta en los asientos traseros—. En marcha.

—¿Dejamos ahí el coche de Anould?

—¿Qué más da? Cuando alguien quiera investigar, será tarde.

—Vi el helicóptero... Buen trabajo.

—Fácil..., aunque muchos se empeñan en considerar que las cosas de espionaje son siempre difíciles. Es mentira. O... quizás se trate de que yo he nacido para esto.

El tipo la miró de soslayo, y no hizo el menor comentario; ni preguntas. El viaje estaba programado.

CAPÍTULO PRIMERO

El inspector Clark, jefe de la Delegación del

F. B. I.,
en Miami, estaba no poco desconcertado; se lo había dicho, se lo habían advertido... Él como todo el mundo, en el

F. B. I.,
había oído hablar de aquel hombre, de aquel agente especial llamado Michael Crane... Al inspector le pasaba lo que a todo el mundo, pese a creer que no ocurriría; le sucedía lo que a todos, sí: no había forma de retener el rostro de Michael Crane en la memoria...

Le tenía allí delante desde hacía ya más de una hora; le miraba con fijeza, hablaba con él, comentaba... Y a la que se descuidaba, si dejaba transcurrir un minuto sin mirar a Crane, al verle de nuevo apenas le reconocía...

Jamás nadie había tenido un rostro tan... gris, tan impersonal, vulgar, huido, como Michael Crane. En Washington le llamaban «el hombre de la cara gris»...

Michael Crane, por su parte, ajeno al desconcierto del inspector, no porque no lo notase sino porque no le importaba en absoluto, pensaba sobre la situación planteada por su superior en Miami. La máxima atención de Crane, en aquellos instantes, se centraba en la fotografía que la había proporcionado el inspector.

La fotografía correspondía a una mujer muy hermosa; morena, ojos negros, rasgados, muy grandes, brillantes... Una mujer joven, con gran elegancia...

La mirada gris de Michael Crane se posó en los ojos del inspector, quien se maldijo, una vez más, sentir aquella impresión de encontrarse ante un perfecto desconocido.

—Necesitaré un equipo de hombres, señor —dijo Crane.

—¿Un equipo? ¿Cuántos hombres?

—Pongamos..., tres. Tres para colaborar conmigo, en principio. Y la ayuda profesional de un fotógrafo, para... realizar un trabajo en esta instantánea.

—¿Qué clase de trabajo va a...?

—Desfigurarla un poco.

La cara de Michael Crane, por lo visto, no era el único motivo de desconcierto para el inspector Clark ¡Desfigurar la fotografía...! Crane era un tipo raro, evidentemente... Lo peor, era que aquellos ojos grises de Crane, si él quería, dejaba escapar chorros de inteligencia nítida, superior brillante...

—Desfigurarla... Bueno, usted sabrá lo que hace, Crane...

—Sí... Sí, naturalmente... Tres hombres, y la colaboración de un fotógrafo... Usted dará las instrucciones oportunas al fotógrafo, ¿no es eso Crane?

—Y a los demás, con su permiso señor.

—Oh, claro... Bien... Voy a llamar.

El inspector Clark usó el interfono para realizar una llamada al agente especial de guardia aquella tarde, dijo:

—Busca donde sea a Dean, Marquand, y Mitchell. Otra cosa: llama a su casa de Andrews, el fotógrafo; que se presente de inmediato en mi despacho.

—Bien, señor. ¿Algo más?

—Nada.

Cerró y miró a Crane. Bien, tendría que acostumbrarse, o se volvería loco. Aquel tipo no tenía cara... Ni nada. Era un ente insignificante, allí, sentado, como encogido; sin ojos, sin boca, con sólo una mata de cabello castaño muy pegada a lo que debía de ser un cráneo... Eso sí, vestía un correcto traje oscuro, y jersey negro, de cuello alto, pegado a un pecho hundido... Tal vez en Washington exageraba con respecto a la asombrosa eficacia de Michael Crane. Éste, tranquilo, esperaba que el inspector dijera algo.

—No creo que tarden en presentarse, Crane —gruñó el inspector.

—Dice que esta mujer está en el hotel «Rosselle», West Palm Beach.

—En efecto. Se aloja en la «Suite» 220, y un registro quizás...

—Perdón, señor —cortó muy correcto, Michael—. No creo interesante un registro en la «suite».

—Pero..., ¿no es posible, Crane! Podríamos averiguar...

—Me temo que nada. En realidad, si esa mujer interesa de veras, puesto que la tenemos localizada una acción muy sencilla es detenerla. No obstante en Washington, y ahora usted, dicen que una detención podría estropear algunas cosas. Comprendo lo que quieren decir; esa mujer puede no ser el pez gordo.

—Sí, eso creemos, pero...

—Siento interrumpirle otra vez, señor. Si hemos de actuar con esa mujer a base de rodeos, yo ya he forjado mi plan de acción. Tendré mucho gusto en exponerlo cuando haya llegado el fotógrafo, y mi equipo de hombres esté presente.

El inspector Clark miraba a Michael con fijeza, se lo habían dicho: era diabólico, retorcido... Los senderos de su cerebro eran asombrosos... Y los resultados estaban en el amplio expediente de Michael Crane en Washington.

—De acuerdo, Crane... —murmuró, por fin, el inspector—. En Washington afirman haberme enviado al mejor contraespía del F. B. I., para esta misión... Tengo que confiar en usted.

—Gracias señor.

El primero en llegar, fue Marquand. Eli Marquand; un muchacho de treinta años, fornido, con un mentón insultante a base de fuerza y agresividad; un muchacho rubio, de cabello abundante, pero más bien escaso de barba.

Juntos, pocos minutos más tarde, llegaba el veterano William Dean, y Matt Mitchell. Todos ellos fueron presentados a Michael, estrecharon su mano, y a los dos minutos habían olvidado su cara. Entre otras cosas, porque mientras ellos hablaban con el inspector Clark, Michael se había puesto en pie, y, desde un rincón estaba observando al equipo que había sido puesto a su disposición. Estaba satisfecho, pero había que introducir ciertos cambios.

Ya decidido lo que iba a hacer, se acercó a ellos; quedó entre los sillones, carraspeando.

Le miraron todos, entonces. Parecían no reconocerle...

Michael estaba mirando a Dean, y dijo:

—Tú serás el jefe del resto de la banda, Dean.

William Dean pestañeó.

—¿Cómo dices...?

—Mitchell puede ser el muchacho elegante y vicioso. Para Marquand, basta una pequeña transformación: un bigote postizo, y una navaja de muelles con la que no cesará de rascarse las orejas..., mientras que, al mismo tiempo, no cesa de sonreír. Yo..., me limitaré a un papel que os iré explicando. ¿Puedes cambiar de camisa y corbata, Dean?

—Espera, espera... ¿Intentas convertirnos en «gangsters»?

—Algo parecido, pero sin exagerar la nota, ni mucho menos. Mitchell podría ponerse unas gafas de sol de cristal verde; con el color pardo de sus ojos, producirá el efecto de un raro vacío...

—Pero... demonios, Crane, ¿qué te propones? —Gruñó Dean.

—Tú mismo, Dean, mientras yo aguardo al fotógrafo, dedícate a buscar un «*bungalow*» de alquiler. Más o menos en la zona de Suwanee, en West Palm Beach. Un «*bungalow*» modesto, discreto; sin el menor lujo. Con los otros dos, me aguardáis allí. Empezad a transformaros... insisto, sin exageraciones. Transformaros vosotros, y dad al «*bungalow*» en cuestión el aire de estar habitado por gente... descuidada, que sólo permanece en él de un modo provisional. Otra cosa, Dean: procura encontrar un auto oscuro, no importa marca ni modelo. Son las... cinco y media... espero reunirme con vosotros después de anochecer; entre siete y ocho. Comunicad las señas del «*bungalow*» al inspector.

Le miraban muy sorprendidos.

Pero nadie despegab los labios; ni siquiera el inspector.

Dean fue el primero en ponerse en pie, y dijo:

—De acuerdo, Crane. Procuraremos formar un digno resto de banda de «gangsters»...

—Gracias, Dean. De eso se trata.

—¿Y asaltaremos algún banco? —ironizó Marquand.

Crane se limitó a una sonrisilla casi imperceptible.

Recopiló así las instrucciones:

—Recordad: antes de las siete debemos contar con el auto, y el «*bungalow*». Igualmente, actividad vuestra transformación.

Se iban los tres; salieron en silencio. Crane volvió a tomar asiento, en espera de la llegada del fotógrafo. La labor de éste no era en absoluto difícil, pero sí sutil...

El «Cortina» negro, conducido por Michael, se había puesto en movimiento. Al volante, Michael Crane, con su traje azul, camisa negra, y una corbata amarilla con el sombrero echado hacia la nuca, resultaba sorprendente. Quizás era el más chillón de los cuatro hombres, en su atavío.

El vehículo rodaba a cierta distancia de la bellísima mujer morena que había salido del hotel «Rosselle», y caminaba por Olive Avenue, el rutilante y bien cuidado paseo marítimo de West Palm Beach. Ella caminaba con ciertas prisas, al parecer. Y al llegar a Park Street, sobre Belvedere Road, dejó Olive. Park Street era mucho más discreta; ancha, con chalets a ambos lados, arbolado en las amplias aceras... Y también una cabina telefónica, a la que parecía dirigirse la mujer.

—Va a la cabina —dijo Dean—. Debe ser una llamada importante, que debe efectuarse con discreción; de otro modo hubiese telefoneado desde el hotel...

Crane, entonces, murmuró:

—Marquand, Mitchell..., id a por ella. Atención es probable que lleve algún arma en su bolso. Yo me acercaré con el auto.

Crane no detuvo totalmente la marcha del «Cortina». Los dos elegidos se apearon con agilidad, sin dificultades, y fueron acercándose a la cabina telefónica, cuando aquella mujer estaba a punto de entrar en ella. La mujer dirigió un vistazo en torno; pareció inquietarse un poco. Debió descubrir el auto que la seguía; miró a Marquand y a Mitchell, que no disimulaban la dirección que seguían, ya a pocos pasos de la mujer.

La mujer vaciló; pegó la espalda a la puerta de la cabina; no se decidía a entra, ni a huir... Quizás sólo eran aprensiones, y se equivocaba con aquellos dos hombres... Parecían «gangsters»...

Segundos más tarde, ya no le cabía duda: iban a por ella. Por extraordinario que pareciese. Iban a por ella. Los dos hombres se situaron frente a la bella mujer, cerrándole el paso. Marquand sonreía con estudiada frialdad, mientras que Mitchell parecía complacido recorriendo con la mirada, tras sus gafas de cristal verde, la silueta de aquella mujer; una figura que causaba sensación; aquel minivestido de tono malva con un cinturón metálico caído sobre las caderas...

—Andando, paloma —dijo, por fin, Mitchell—. Ya te

contemplaré más despacio luego... Ese perro de Ottavio siempre ha andado detrás de lo mejor... Puede que le devolvamos un pobre pingajo inútil...

Fué cuando Rita quiso huir; trató de saltar a un lado, pero allí estaba Marquand, muy atento. Marquand alargó su poderosa zurda, atrapando a Rita, por un brazo. Ella, nerviosa, sin comprender, trató de meter la mano en el bolso, pero entonces la navaja de Marquand, de punta, le acariciaba el fino cuello...

Mitchell, por su parte, arrebató de un tirón el bolso de Rita, y gruñó:

—Al coche Eli.

Rita, con la punta de la navaja en el cuello, apenas se atrevía a respirar con normalidad; imposible evitar que la arrastraran hacia el «Cortina», que estaba detenido frente a la cabina. La empujaron hacia el interior, hacia los asientos traseros, donde estaba William Dean. Marquand, con la navaja, quedó junto a ellos, con la mujer en el medio Y Mitchell pasó a ocupar el asiento contiguo al del conductor.

Cerradas las portezuelas, Dean dijo:

—En marcha, Alex... A casa.

Rita, sin perder aun la serenidad, miraba a aquellos hombres.

Mitchell había registrado el bolso, y dijo:

—No lleva armas, ni nada...

—¿Y por qué había de llevar armas? —rezongó Dean—. En su... profesión no son necesarias. Se oyó la risa gutural, irónica, de Marquand, que se rascó la oreja con la punta de la navaja.

—Creo que están equivocados... —Se oyó, por fin, la voz de Rita.

—Cierra la boca, a menos que se te pregunte, y preguntó: ¿Dónde está Ottavio? —dijo Dean.

Rita desconcertada, un poco nerviosa, meneaba la cabeza en sentido negativo, de incompreensión.

—No sé quién es ese Ottavio... —dijo—. ¡Es la verdad!

—Es una embustera, como todas las mujeres —gruñó Marquand, volviendo a acariciar el cuello de Rita con la punta de la navaja.

—Ustedes han cometido un error... —Trataba de explicar Rita.

—Nada de errores, para eso, Ottavio. Él si se ha equivocado... Y se lo demostraremos. Tú eres Patty Alien, su... novia... Y si tú andas

por aquí, Ottavio no puede estar muy lejos. Pero tú guapísima, te vas a encargar de ponernos al corriente de su paradero. Mira..., contigo, de modo personal no va nada... Pero no nos enfurezcas. ¿Comprendido?

Rita se mordía los labios. Volvió a mirar a aquellos hombres. No les conocía, y ellos estaban equivocados; ni ella era Patty Alien, ni en su vida había conocido al tal Ottavio... ¡Estúpido error! Y aquellos tipos daban la impresión de ser cerriles, duros... El único que no había despegado los labios, y que parecía ausente de todo, era el conductor... ¿Tenía cara de conductor?

—Nena, queremos ser mansos y tener paciencia. Pero..., empiezo a darme cuenta de que no es lo nuestro —gruñó Dean, insistiendo... Haz un esfuerzo; recuerda donde está Ottavio... No pensamos hacerle mucho daño, de verás...

—Les aseguro que no sé de qué me hablan. Yo...

—¡Basta! —aulló, de pronto Marquand.

Y alargó la mano, agarrando los cabellos de Rita; zarandeó la cabeza femenina, y luego laató corto por los cabellos, acercando el rostro de Rita al suyo. Rita miraba aquel mentón agresivo, el hirsuto bigote, rubio, postizo, de Eli Marquand...

Marquand masculló con su boca casi pegada a un ojo de Rita:

No se trata de centavos, nena, ¿lo entiendes? Son ciento cincuenta mil pavos... Dime... ¿se rió mucho Ottavio cuando te explicó que nos había tomado el pelo? Sí claro, debió pasarlo bien. Verás si le conozco: lo celebró con champan. ¿Eh, lo celebró con champán? Pero tú veras como de la risa se pasa al llanto... Y le verás llorar desdentado sin lengua, sin ojos... Hum: ¿se llora sin ojos? Rita no despegaba los labios.

De algún modo tenía que hacer comprender a aquellos «gangsters» su confusión, su error...

—Quiero que comprueben algo —se decidió, por fin, a hablar—. Vaya al hotel «Rosselle». Ocupo la «suite» 220, y allí verán mis papeles... Verán mis.

—Eso nada significa —masculló Dean—. Yo hoy, me llamo William Dean; ayer, Elmer Cooper. Mañana... ¿quién sabe? Si uno anda listo, puede utilizar en su vida veinte nombres; si no anda listo, se muere de hambre con el primero... ¡Y ya basta de estupideces! ¡Aquí las demostraciones las vamos a hacer nosotros...!

¡Para, Alex!

Michael frenó con suavidad, al borde de la solitaria extensión de la 45 Street, al norte de la ciudad que conducía a Suwanee.

Dean había sacado del bolsillo una fotografía, que mostró a Rita.

—¿Eres o no esta mujer, Patty Alien?

—No soy Patty...

Dean, furioso, aplastó la fotografía contra el rostro de Rita. Parecía que sentía deseos de estrangularla, y Mitchell, desde su asiento, gruñó:

—Tómalo con calma, Dean. Ya hablará... Si la matas ahora, nos quedamos sin el dinero, y sin echarle el guante a Ottavio...

Dean soltó un gruñido, y dejó en paz a Rita. Volvió a guardar la fotografía, y rezongó:

—En marcha, Alex. Y date prisa, maldita sea... Parece que estemos cabalgando sobre una tortuga; aprieta ese acelerador.

Michael obedeció a Dean, en silencio. El auto rodaba veloz en aquellos momentos, en dirección a Swane Road, donde estaba el «*bungalow*» que habían alquilado. En una zona discreta; donde había una pronunciada curva, y luego el terreno parecía hundirse. Desde allí, no se veía la ciudad, ni las luces que moteaban las zonas de playa y puerto.

Instantes más tarde, llegaban al «*bungalow*», cuyo garaje era un simple cobertizo. Y apenas Michael hubo frenado, Marquand actuó, agarrando a Rita de un brazo, y sacándola del auto a tirones, mientras Dean se dirigía a la entrada, con la llave en la mano. Mitchell se adelantó también, con el bolso de Rita en la mano.

El último en entrar en el «*bungalow*» fue Michael Crane, que pasó a la estancia donde se habían reunido. Michael, hombre sin cara, y sin voz tal vez, se limitó a meterse en un rincón. Lo único que hizo como los demás fue quitarse la chaqueta.

Sí, ya estaban todos en mangas de camisa.

Sentada en una silla estaba Rita, con Marquand, Dean, y Mitchell frente a ella. En el rincón, como ajeno a todo, Michael.

Se veían los correajes de los tres hombres, y la funda con la pistola automática. Marquand no paraba de rascarse las orejas con la punta de la navaja. Mitchell la miraba a través de aquellas gafas, y parecía no tener ojos. Dean la taladraba con aquella sucia mirada oscura.

—No queremos perder mucho tiempo Paty, —dijo Dean.

—No me llamo Patty... No soy la mujer que buscan...

Dean contempló la fotografía.

—Entonces, ésta es tu hermana gemela —masculló.

Rita, desconcertada, observaba la fotografía; era ella... o una ignorada hermana gemela. Lo desconcertante era que no tenía noción de cómo, ni cuando le había sido tomada esa fotografía; ella parecía ataviada con un abrigo de pieles, sonriente, saliendo. Realmente, el fotógrafo había realizado un buen trabajo; de una piscina había hecho un «*night-club*», y de un «bikini» un abrigo de pieles; y peinó un poco a Rita, ya que el agua le había pegado el cabello al cráneo, al rostro. Desconcertante, sí. Y era ella...

II

SE oyó la voz de Dean, que asumía correctamente su papel de jefe de resto de banda:

—¿Ibas a telefonar a Ottavio?

—No le conozco... Si me dejaran explicar...

—Está bien, explícate.

—Me llamo Nelly Gordon. Vivo con mis padres en Guatemala, y de vez en cuando, por asuntos de negocios, realizo algún viaje a Estados Unidos Yo nací aquí... Mi padre tiene en Guatemala un negocio de frutas, pero..., perdió la vista, y yo le sustituyo en asuntos que requieren movimientos. Es el caso actual... Debo ocuparme de unos asuntos pero eso no implica que pase dos o tres días en Palm Beach... Suelo hacerlo en todos los viajes.

Dean tenía el ceño fruncido; miró la fotografía, y luego a Rita. Sin más, le asestó una bofetada, que desgrenó a Rita, le lanzó mechones de cabellos al rostro, le llenó los ojos de lágrimas.

—Bella historia, Patty, pero ahora, dime: ¿dónde está Ottavio? Se supone que ibas a telefonarle... Y no nos harás creer lo contrario, porque de no tratarse de una llamada comprometida no hubieras salido del hotel para realizarla. ¿O crees que somos los mismos imbéciles a los que Ottavio ha tomado el pelo? Siempre se aprende algo... Pero ya se lo agradeceremos personalmente a Ottavio... ¿Dónde está? ¿Has de reunirte con él? ¿Cuándo y dónde?

Rita se mordía los labios.

No podía perder la serenidad...

—¿Por qué no comprueban lo que les digo...? —musitó—. Vayan al hotel «Rosselle», y...

—Para nosotros no cuenta nada de eso. Cualquiera puede emplear trucos para camuflarse. ¿Qué crees que haremos nosotros,

cuando atrapemos a Ottavio y le dejemos con las entrañas en el aire, y recuperemos el dinero? ¡Pues esfumamos, nena! —masculló Dean—. Y..., yo estoy perdiendo la paciencia...

Mitchell dio un paso hacia Rita. La miraba con mucha fijeza; en especial, las piernas, que el minivestido tono malva dejaba al descubierto; soberbias piernas morenitas, de piel brillante, joven... Pasó la mirada al escote, y parecía achicar los ojos, detrás de los verdes cristales. Mitchell se acercó, se inclinó sobre el escote de Rita, la besó en el cuello...

—¡Es mejor que digas donde está Ottavio! —susurró, con los labios pegados a la piel de Rita—. Contigo no va nada; te soltaremos... Palabra, Patty.

—Por ignorar ignoro hasta quien es Ottavio.

—¿Debo recordártelo? Paciencia, pues... Es un perro grueso, moreno, con cara de cerdo... Nos metió en un buen asunto... para él; se quedó con los ciento cincuenta mil pavos que sacamos de una carga de «nieve»... Hubo una víctima; un polizone que metió la nariz donde no debía. Y así, todo es más complicado, ¿comprendes?

Y la volvió a besar en el cuello.

Rita se estremeció.

¿Qué podía hacer para convencerles? ¿Qué?

Mitchell: se había apartado de ella. Marquand la miraba con fijeza; la navaja seguía rascándole una oreja. Dean parecía bastante furioso.

Fue Dean quien miró hacia donde estaba Michael, sólo en el rincón, con el sombrero echado hacia adelante, estrecho de pecho...

—Alex, ven —dijo de pronto, Dean.

Michael, con su cara gris, inexpresiva, impávida, miró al grupo. Se puso en pie, y se acercó. Dirigió la mirada a las piernas de Rita, y como involuntariamente, una mueca nerviosa apareció en su boca.

—Alex..., no quiere hablar —gruñó Dean—. Ayúdanos, maldita sea.

Michael Crane, entonces, hundió la diestra en el bolsillo del pantalón. Extrajo un objeto que se acopló a los dedos; simplemente unos escalofrantes nudillos de hierro. Se miró el puño, y gruñó:

—Cuando tú digas Dean.

—Pégala ya...

Michael Crane no vaciló. Sin que su rostro se alterara lo más

mínimo, lanzó un duro golpe al costado izquierdo de Rita, a las costillas. Los nudillos de hierro parecieron quedar clavados en los huesos de la hermosa mujer, que quedó muy pálida, doblada, con los ojos saltones, la boca muy abierta... El segundo golpe, en el mismo sitio, estuvo a punto de dejarla sin conocimiento.

Michael, entonces, echó aliento sobre el hierro de los nudillos.

—¿Sigo? —Gruñó.

—Espera... ¿Recuerdas ya, Patty? —inquirió Dean—. Vas a pasarlo bastante mal... ¡Y me pregunto yo a que viene tanta fidelidad hacia ese perro! ¡Cualquier día te abandonará por otra...! ¿O tan estúpida eres? —Acabó por aullar Dean—. Ayúdanos, y algo sacarás nena... Un buen abrigo o un collar... Un obsequio, palabra...

Rita realmente no podía hablar; daba la impresión de estar sin aliento, en la agonía...

Dean masculló:

—Atiza, Alex... Atiza fuerte...

Michael Crane pegó; en el mismo punto. Aquella vez, Rita no pudo evitar caer al suelo, arrastrando la silla; quedó en tierra, encogida, gimiendo, ofreciendo un espectáculo entre atractivos y patéticos, con sus encantos al descubierto en buena parte..., los cabellos sobre el rostro, lágrimas de dolor corriendo por las mejillas..., suplicando con sus enormes ojos empañados...

—¡No lo entiendo! —graznó Marquand—. No es normal esta resistencia... Las chicas como Patty no soportan ni la amenaza de una bofetada y... no sé... se me está ocurriendo algo, muchachos: Patty ha liquidado a Ottavio, y se ha quedado con todo... Sólo así se explica su resistencia; sólo así... Lo ha hecho, estoy seguro...

Mitchell se inclinó junto a Rita, alargó la diestra y de un tirón empezó a erguirla; pero la ropa cedió; la espalda de Rita quedó al descubierto. Michael obedeció una señal de Dean, y descargó un nuevo golpe sobre la recta y morena espalda de Rita, que quedó arqueada unos instantes, para luego arrugarse, sin conocimiento, con los senos aplastados contra el suelo.

Michael la observó unos instantes, y dijo:

—No finge, está desvanecida.

Dean soltó un resoplido.

—Demonios, Crane..., ¿acaso sospechaba que fingía?, con esos

golpes... mascolló.

Mitchell y Marquand también miraban con fijeza a Michael Crane; entre asombrados, encogidos, impresionados... Ellos difícilmente hubieran sido capaces de colocarse aquellos nudillos, y... Crane lo hacía con naturalidad, sin rostro, con un relumbrón gris en la mirada, tan sólo.

—¿Qué sigue? —inquirió Dean—. Hasta ahora, no veo resultado alguno...

—Dará resultado —dijo Crane—. Reanimadla. Yo voy a salir un momento.

Dean iba a hacer una pregunta, pero se quedó con la boca abierta, porque ya Michael abandonaba aquella estancia, y salió del «*bungalow*» unos segundos más tarde. Dean acabó por encogerse de hombros, y rezongó:

—Vamos a reanimarla. Procurad que no note un buen trato por nuestra parte... El juego prosigue.

Entre los dos hombres la situaron en un desvencijado sofá, con descuido, y la despertaron. Le dejaron caer un chorro de «*whisky*» en la boca, y Mitchell le asestó unos golpes en las mejillas, hasta conseguir que ella fijase la extraviada vista. Y cerró los ojos, estremecida, al recobrar la noción de las cosas; cuando los abrió de nuevo, parecía buscar algo, aterrada... Dean dijo:

—Alex ha salido. Pero no creas que es el peor de nosotros... Las salvajadas las va a hacer Marquand con la navaja. Mira..., te admiramos, es la verdad. Una chica como tú, vale la pena, y... hasta estamos dispuestos a comprender un poco a Ottavio; por ti ha cometido un error... Podríamos hacer un trato con él...

—No... no quieren comprenderlo... —dijo, con voz estrangulada, Rita—. No soy valiente, me aterra el dolor... Si no hablo es porque nada sé...

Mitchell miraba la botella de «*whisky*» que sostenía en la diestra. Dijo:

—Tengo una idea. Una borrachera puede desatarle la lengua. Así que... Vamos, muñeca, bebe. Bebe lo que quieras... Te va a hacer falta... ¡Bebe!

Le introdujo el gollete de la botella en la boca, a la viva fuerza, y Rita no tuvo más remedio que tragar una considerable cantidad de «*whisky*». Ciertamente que luego, con toses y resuellos sacó bastante, pero

Mitchell parecía dispuesto a seguir adelante con su nueva idea. Y la obligó a beber más veces, ante la impasibilidad de Dean y Marquand.

Cuando sonó el teléfono, los tres hombres respingaron al unísono.

Miraba hacia el aparato. Por fin, Dean rezongó:

—Debe ser Alex...

Fué hacia el teléfono, y descolgó.

Aun vaciló un poco antes de responder; su voz, por fin:

—¿Sí?

—Soy Alex...

—Bien, Alex, ¿qué pasa?

—Adivina a quien he visto, Dean.

—¡No me vengas con tonterías! ¿Qué pasa?

—He visto a Slim, el soplón...

—Vaya... A ese soplón, ¿eh?... —Gruñó Dean, empezando a seguir el juego de Michael.

—Ni más ni menos.

—¿Le has tirado de la lengua?

—Desde luego. Y agárrate: Ottavio ha aparecido flotando en un pantano de The Everglades; está hueco por dentro; quien fuese, le arrancó las tripas... Resulta que no tenía encima el dinero, y yo no creo que se haya perdido; además; quien más sospechosa resulta es Patty, su... novia. Pero oíd esto: Slim dice que Patty se largó en un vuelo nocturno a las Bahamas, que lo sabe de buena tinta...

—Demonios, Alex... Entonces, ¿quién es la chica que tenemos en el «*bungalow*»?

—¡Yo que sé...!

—Slim no sabe lo que dice... No es posible que... —Pues dijo más: que dado que Ottavio está descubierto, la policía ha recordado nuestros nombres y otros datos...— cortó Michael. —Por tanto, pienso, que sería mejor largarse, y dar una vuelta por las Bahamas, si es que la policía nos deja salir...— Bien, bien, pero esta mujer...

—¡Al diablo con ella!

—No sé... Ven para acá, Alex.

—Sí, está bien.

Dean, reflexionando, colgó el teléfono. Los otros le miraban; también Rita, que tenía un aleteo de esperanza en la mirada. No

hacía falta que Dean explicase nada, ya que la conversación había sido bien captada por todos. Dean, para ganar tiempo, dijo:

—Patty le sacó las tripas a Ottavio, y voló con los ciento cincuenta mil pavos, muchachos... La policía nos busca a nosotros, así que aquí peligramos.

Miraron a Rita.

—¿Y ella? —inquirió Marquand, ceñudo.

Dean, sin responder, se encogió de hombros.

—Yo la liquidaría —dijo Mitchell—. Si la soltamos, ¿cuánto crees que tardará en correr con el cuento a la policía? No, no... necesitamos tiempo para organizar la huida... En todo caso, lo someteremos a votación.

—Falta Alex —dijo Dean.

—Esperaremos, entonces, de todos modos, yo voto por eliminarla —dijo Mitchell.

—Y yo —gruñó Marquand.

—Yo no... Pensad que...

—Veremos lo que dice Alex —cortó Mitchell—; ¡Vamos, vamos, Dean...! ¿Vamos a ablandarnos ahora? No podíamos tener peor testigo en contra... Hemos hablado demasiado; sabe de nosotros demasiado. Pero..., aun casi no lo creo... ¿Cómo es posible que no sea Patty Alien?

—Ocurre a veces, Mitchell —dijo Dean—. Hay personas que tienen sus sosias por el mundo...

—Yo... yo no diré nada a nadie... —musitó Rita—. Les prometo olvidarles. Por favor, suéltense... ¿Por qué han de matarme...?

La miraba con frialdad. Sólo Dean parecía disconforme con la suerte a que parecía estar abocada Rita. No obstante, no contestaron; faltaba el voto de Alex, quien apareció unos minutos más tarde. Entró en la salita, y Rita pestañeó. ¿Quién era aquel tipo? ¿El de los nudillos de hierro? La cara de Crane se desvanecía en la mente de Rita...

Y estaba hablando del voto... Crane la miraba, y gruñía:

—Yo voto por liquidarla también. Al lago con ella...

—Tres contra uno, Dean —dijo Mitchell.

—Está bien. Alex y yo, ahora, iremos a cerciorarnos de algunas cosas —dijo Dean—. Vosotros dos, atadla bien, amordazadla, lastradla... Bueno, ¿acaso he de deciros todo lo que hay que hacer

para arrojar al lago un fiambre?

—¡Esperen...! ¡Esperen! —chillaba Rita. Quiso moverse, quiso saltar...

Marquand alargó la zurda, atrapándola por los cabellos; el filo de la navaja le acarició el cuello, y rezongó:

—Ahí quieta muñeca. Lo sentimos, pero...

Dean y Mitchell salían ya del «*bungalow*». Instantes más tarde, estaban acomodados en el «Cortina». Dean extrajo un paquete de cigarrillos y los dos hombres encendieron...

—¿Reacciona como esperas, Crane? —inquirió Dean.

—Lo que interesa es que está más que suficientemente desconcertada —dijo Michael—. Creo que podré seguir adelante con mi plan. A eso de las once que la arrojen al lago Mangonia.

—Bien... Para sospechar de nosotros, debería ser muy inteligente, en verdad —murmuró Dean.

—No voy a concederle tan alto grado, pero tampoco a desestimarla —fue la respuesta de Crane—. Yo me marchó ahora, Dean.

—De acuerdo...

Michael Crane se apeó del auto, y echó a andar; desaparecía entre sombras poco después. Dean, aún en el interior, fumando, se dedicó a pensar.

III

C ON disimulo, Marquand echó un vistazo a su reloj de pulsera. Le hizo una seña a Mitchell, y éste, que había estado tirado en un sillón fumando, se puso en pie, y dijo:

—A trabajar, Eli.

Marquand, entonces, sin más, giró hacia Rita, y le asestó un seco y medio golpe en el cuello, que la dejó sin conocimiento, fulminada sobre el sofá. En silencio, los dos hombres del

F. B. I.,

procedieron a realizar un trabajo de conciencia; buscaron lastre, la ataron con fuerza, la amordazaron... La convirtieron en un deprimente paquete.

—Al coche —dijo Marquand.

La agarraron entre ambos, y la condujeron al «Cortina». También Dean había desaparecido, se había esfumado. Para hacer las cosas bien, por si Rita recobraba el conocimiento, la metieron en el portaequipajes del auto, y ambos se situaron en los asientos anteriores, con Marquand al volante. Marquand puso el auto en marcha; hacia el norte. Había varias sendas, entre pinos, y algunas en claros, que conducían a las mejores orillas de Mangonia Lake, al norte de Palm Beach. También había una zona más agreste, donde crecía una montaña y algunas rocas llegaban hasta las quietas aguas del lago. Para llegar a tal zona, había que traquetear por un mal camino de guijarros. Llegaron en cuestión de veinte minutos. Marquand detuvo el coche, al borde de aquel pequeño acantilado, y con Mitchell se dirigió hacia el portaequipajes. Lo abrieron. Tal vez a causa del traqueteo, Rita había recobrado el conocimiento; les miraba con los ojos muy abiertos, y una expresión desesperada..., quizás, al mismo tiempo, había ira, incompreensión... No podía

evitarlo; no podía gritar, no podía soltarse de las fortísimas ligaduras... Veía caer la mano de Marquand sobre ella; el golpe la aturdió de nuevo.

Entre Mitchell y Marquand la sacaron. Luego miraron hacia las aguas.

—¿Abajo ya? —Gruñó Mitchell.

—Sí...

Tras un balanceo, dejaron caer al agua el cuerpo lastrado de Rita; se oyó el chapoteo; el cuerpo se hundió, dejando burbujas y ondas concéntricas en la superficie del lago. Y sin perder un segundo, los dos agentes del

F. B. I.,

fueron hacia el «Cortina» desapareciendo de allí tan sólo segundos más tarde.

El agua, el choque, el terror, la tensión..., todo ello, contribuyó a que mientras se hundía Rita recobrarse el conocimiento. Podía muy bien morir de desesperación a causa de su impotencia por evitar la muerte por asfixia...

Descendía, descendía... Eran aguas cálidas, pero a Rita se le antojaban de hielo... No podía respirar, iba a reventar...

Imposible hacer algo; imposible evitarlo...

Tenía los ojos saltones, con el blanco estriado, enrojecido...

Antes de unos segundos su nariz sería el coladero del agua...

De pronto, vio una luz frente a ella, cerca. Ya estaba en el fondo, entre hierbajos, estancada, esperando la muerte... Pero la luz se acercaba con rapidez, veía la luz, y una forma difusa, sin contornos definidos... A los pocos segundos, no obstante, comprendió que era un hombre. Ella tenía que cerrar los ojos... No veía nada, sentía tremendos zumbidos en el cuello, en las sienes... Tendría que respirar por la nariz, y...

Pero quien fuese, la había agarrado por los cabellos, y tiraba de ella; emergían... A punto de perder el conocimiento, Rita supo que emergía...

En efecto, iba hacia la superficie; pero perdió el conocimiento antes de sacar la cabeza, entre unas rocas. Y no supo que alguien le quitaba la mordaza, y que le introducía un tubo de goma en la boca con lo cual podía respirar el oxígeno de una botella... Y quedó allí, hundida.

Cuando se recobró, poco después, se sabía sumergía y el tubo en la boca; respiraba bien, con facilidad... Quiso salir, pero fue empujada hacia el fondo.

No se movió; su cerebro empezaba a funcionar. Estuvo quieta, dejando transcurrir el tiempo, hasta que notó ser izada. Apareció su cabeza en la superficie; pudo ver al hombre... Y éste, silencioso, la ayudaba a llegar entre las rocas, fuera del agua, en una especie de embudo rocoso, un agujero que servía de magnífico escondite.

Una vez allí, el hombre se quitó el tubo de la boca, e hizo lo propio con Rita; luego, empezó a desatarla, despojándola del lastre, y de las ligaduras. Apareció Rita con el vestido húmedo, oscurecido, pegado al cuerpo, tapado mucho menos de lo conveniente... Y con el cabello pegado al cráneo, los ojos un poco hinchados, enrojecidos...

Miraba con sorpresa al tipo, Alex... Era el tipo de los nudillos de hierro; lo juraría... Aquel tipo sin cara... Debía ser él, sí.

—No he querido precipitarme en sacarte de aquí —frunció Crane—. Podían estar cerca... ¿Comprendes?

—S-sí... Creo que sí... Pero... ¿usted?

—No soy tan tonto como creen; ésa es la única explicación a mi actitud. Además..., para que tú y yo empecemos a sincerarnos, debo decirte algo: les mentí. Es cierto que Ottavio ha aparecido destripado en un pantano, pero es falso que Patty Allen se haya largado a las Bahamas con el dinero. Patty Alien eres tú muñeca... Así que lo que he hecho ha sido sacarme de encima a esos desgraciados. Y tú y yo llegaremos a un acuerdo. ¿Todo comprendido? Me está saliendo bien, y tú no vas a estropearlo. Ellos se largan, y yo me quedo..., con los ciento cincuenta mil dólares que me vas a devolver.

Rita estaba sorprendida; y un tanto furiosa ya. Además, ¿qué pasaba con la cara de aquel hombre? A veces, se le veía un fulgor en los ojos, y eso era todo.

—Yo no soy esa Patty Alien... ¡No soy esa mujer! —masculló entre dientes—. Ha perdido su tiempo...

Crane la miraba con fijeza. Luego, metió la mano en la bolsa de plástico que formaba parte del equipo de goma utilizado, y extrajo los nudillos de hierro, que acopló a su diestra.

—No te creo, encanto —dijo—. Si quieres, empezamos de nuevo.

No me he arriesgado para escuchar tus mentiras... Ellos irán a Bahamas, creyendo que Patty está allí; y yo aprovecho aquí el tiempo, con Patty. ¿Bien? Mataste: Ottavio, y al respecto nada tengo que decir; tú haces lo que haces..., como yo. Pero tienes el dinero...

Rita cerró los ojos.

Iba a negar con movimientos de cabeza, pero pareció pensarlo mejor; aun en su desconcierto aquello podía ser la solución... Por lo menos, podía intentarlo.

Pero tardó demasiado, y los nudillos de hierro, aunque sin mucha fuerza, le golpearon en el estómago.

—Irá empeorando cada vez, Patty —masculló Crane.

—Es-espere... Espere, no vuelva a golpear... Y yo... le daré esos ciento cincuenta mil dólares... —jadeó Rita.

—Eso ya es más razonable, muñeca; muchísimo más. Por fin veo que vamos a llegar a un acuerdo. Tú me dices, donde está el dinero, yo voy a buscarlo, y eso es todo. Sencillísimo, ¿no?

Rita vacilaba; no, no era tan sencillo... Ella no tenía en sus manos aquella cantidad. Ella contaba con pedirla a alguien... Entregar a aquel maldito ciento cincuenta mil dólares, y librarse de aquel absurdo problema... Todo por un error... Ella no era ni había sido jamás Patty Alien... Pero intentaría conseguir el dinero, pagar y zanjar aquel asunto.

—Iré a buscarlo yo, Alex... —dijo—. Tengo que...

—No, no, no... Sólo tienes que decirme donde lo ocultas.

—Es que... lo tienen otras personas, Alex...

—¿Tienes cómplices? Oh, creo entender a Ottavio que le engañabas con cualquier «gigoló»,... Magnífico, no merecía nada mejor. Así que me dices donde vive ése «gigoló», le hago una visita, me llevo el dinero, y en paz. ¿De acuerdo?

—Pero...

—No vamos a estar aquí toda la noche. Perfeccionaremos el plan. Vamos; he alquilado un «cottage» en Tamarind. Y tengo una motocicleta cerca de aquí.

Rita no quiso oponer resistencia, aparte de que dudaba de que en sus condiciones cualquier conato de ataque diera resultado; aquel tipo, Alex, con su aspecto insignificante podía ser peligroso. Probablemente, era un resentido, un tipo que jamás había tenido una oportunidad, iba a aprovechar, o a intentarlo, la única que se le

había presentado en su vida. Y podía ser peligroso porque desconfiaría de todo...

Pero Rita empezó a sentirse mejor, comprobando que el principal problema, el de subsistencia, estaba soslayado; estaba viva...

Notó que Crane no se limitaba a una ayuda normal para subir por las rocas. Crane parecía sentir deseos muchas veces contenidos... Con una mano en la cintura, pero la de los nudillos siempre suelta...

Allí estaba la motocicleta; en un rincón, apoyada entre unos arbustos. En tierra, junto a ella, las ropas de Michael, en un bulto.

Michael dijo:

—No es lejos. Vas conducir tú. Yo iré de «paquete». No me fío; no quiero tenerte a mi espalda...

Rita vaciló, pero apenas fue un segundo. Ofrecía un aspecto no carente de encanto; como algo salvaje, primitivo, natural... Destrozado el vestido, con zonas de piel al descubierto, apretada la cabellera a causa del remojón... Se situó en el asiento correspondiente, y Michael detrás de ella, abrazado a su cintura... Y Michael, entonces, pareció atreverse a hacer algo más... Con torpeza, resollando, besando, la espalda de Rita..., y musitaba, con voz algo entrecortada:

—Eres... eres una mujer muy hermosa, Patty...

Y volvía a besarla; nuca, espalda..., la estrechaba contra él.

Rita lo entendió: un miserable que quería tener una oportunidad única en su vida... De él sólo quedarían despojos, luego.

La motocicleta petardeaba ya.

Corría; él hablaba, ronco, con la boca sobre la piel de Rita, pero ella no entendía nada, ni le interesaba... Que aquel desdichado siguiera enloqueciendo con la piel de Rita...

A lo que prestó atención Rita, porque Michael habló más inteligiblemente, fue la dirección a seguir.

Rita ya se sentía dueña de sí misma; por completo. Era tan absolutamente vulgar aquel tipo...

La había dejado sola en el cuarto de baño, a petición de la propia Rita; una petición normal, claro está, a la que Michael accedió al no ver resquicio alguno por donde Rita pudiera huir. La encerró en el baño, pues, y él pudo cambiarse tranquilamente,

quedando con el pantalón del traje azul, y la camisa negra, abotonada hasta el cuello; con el pecho hundido, sin cara...

En cuanto a Rita, estaba echando mano a sus recursos. Allí, era cierto, no había nada que la ayudara a salir; no podía escapar. No obstante, el cerebro de Rita, bien estrujado, alcanzó la solución, Aquello tenía que ser un éxito...

Desnuda, con la piel llena de guedejas brillantes, de gotitas de agua de la ducha, Rita fue hacia la leja de cristal sobre la que había un viejo peine, unos estuches de plástico... Lo que le interesaba era la leja de cristal. La tomó, tras limpiarla de todo lo que contenía y la envolvió cuidadosamente en una toalla; pudo dar varias vueltas, ya que la toalla era bastante grande.

Con la leja completamente envuelta en la toalla, fue hacia el borde de la bañera; se mordió los labios; tenía que ir con precaución, ya que si sonaba un ruido sospechoso aquel cerdo se pondría en guardia.

Empezó a golpear la leja envuelta contra el borde de la bañera. Primero, con suavidad; en vista de que apenas hacía ruido, dejó el grifo abierto, a toda presión, para disimular, y golpeó con más fuerza, hasta que notó que el cristal se había roto.

Desenvolvió la leja y se sintió satisfecha; el cristal, partido en tres fragmentos, le servía; por lo menos, uno de ellos, que podía ser utilizado como puñal con muchas posibilidades de éxito. Claro está, para utilizarlo con fuerza, la parte que haría de mango debía estar envuelta en la toalla... Y lo que hacía de hoja era una pura arista, peligrosísima... Vería las entrañas de aquel imbécil...

Con la arista bien empuñada con las dos manos, que estaban a salvo de cualquier corte peligroso por hallarse las aristas envueltas en la toalla, se acercó a la puerta; llamó:

—Alex..., necesito algo de ropa seca... Mi vestido está imposible.

No había respuesta.

Rita apretó los labios.

—¿No me oyes, Alex...? —insistió.

—Sí, cállate, estoy buscando... —Oyó la voz de Crane aquella mujer.

—Cualquier cosa seca...

—Está bien. Abre.

—Estoy en la bañera; entra, por favor...

Michael Crane empujó la puerta; llevaba en la diestra un lío de ropas; parecía una sábana muy doblada... Fue un perfecto escudo. Cuando la terrible arista adelantaba hacia él, hacia el pecho, lanzada por Rita con las dos manos, el antebrazo de Michael, en una reacción fulminante, que desencajó el rostro de Rita a causa de la sorpresa, pudo desviar el filo del cristal, que rasgó la ropa que formaba el escudo de Michael.

Rita, furiosa, gritó roncamente, y quiso volver a actuar; para entonces, lo que era ropa seca para ella se convirtió en una especie de revoloteante capa torera, que la atrapó de lleno. Rita, lanzada luego contra la pared, perdió la arista. Trataba, aun a ciegas, de inclinarse, de empuñarla de nuevo...

Michael la pisó.

El hombre del

F. B. I.,

dejó la improvisada capa sobre Rita, y luego empleó los nudillos de hierro. Tres veces; tres secos puñetazos en el costado izquierdo de Rita; en las costillas... Acabaría partiéndoselas.

Y Rita, con el rostro tan blanco como la sábana, y los ojos enrojecidos, muy abierta la boca, caía de rodillas, en el cuarto de baño.

Michael, entonces, la agarró por los cabellos, y la sacó de dos tirones, cerrando luego la puerta del baño; ella, en el suelo, jadeaba. La ira le llenaba los ojos de lágrimas, la hacía temblar... Aquel maldito...

Rita no pudo contenerse; masculló:

—Usted..., usted no es hombre... No es más que una salpicadura de barro de los bajos fondos... Usted es nada, nadie...

—¿Tú bajas, de mucho más arriba, Patty?

—¡No soy Patty!

—¿Ahora con ésas? Espera... No se te ocurra decirme que no tienes el dinero... No se te ocurra la idea de...

—¡Le daré el dinero...! ¡Se lo daré, déjeme en paz!

Rita jadeaba; se envolvía son la sábana; aquel hombre sin cara la estaba mirando... Sí tenía los ojos de un gris indefinible... Un gris que podía helarse en cualquier momento, e incrustarse en su cerebro o en su carne... Y estremecida, fracasada, con desaliento,

Rita se escurrió hacia un rincón, tratando de huir de aquel hombre...

Michael la seguía.

Por fin, la tuvo acorralada en un rincón, y se arrodilló junto a ella, tomándole el rostro con las dos manos..., una de las cuales iba aun equipada con los escalofriantes nudillos. La miró con intensidad a los ojos.

—Patty..., Patty, creo que podría enamorarme de ti... —susurró—. No creas que quiero hacerte daño... Patty..., dime ¿quién es ése «gigoló»? ¿Cómo es...? Yo..., ya creo darme cuenta, ahora de que he podido ser algo más en la vida, pero me he anulado solo... Jamás he tenido confianza en mí mismo... Podría cambiar...

Y hundió la boca en el cuello de ella; le buscó los labios, la apresaba con sus brazos... Temblaba, besándola. Y Rita, loca de asco, entendía, no obstante, que podía sacar partido de aquella situación. El tipo estaba enloquecido por ella; jamás, era obvio, había tenido entre sus brazos a una mujer tan hermosa.

Él se separó entonces; la miraba con estrías rojas en los ojos.

—Llama a quién sea, y pídele el dinero —dijo, de pronto.

—Alex... Esta noche es...

—Esta noche. Ahora... Lo sé bien; tenías razón, no soy nada, ni nadie... ¡Me pregunto por qué, de pronto, van a cambiar las cosas! ¡No me fío de ti! ¡Ni de mí, siquiera! ¡Llama! —estalló Michael.

Rita empezó a moverse, y a sentir miedo. La reacción de aquel hombre le parecía lógica; un tipo insignificable, miserable, que de pronto puede emerger, y lo hace con crueldad y codicia.

Michael la ayudo, a tirones, a llegar hasta el teléfono que había sobre la mesita de noche, del dormitorio.

Quedó detrás de ella, muy pegado, y masculló:

—Dile que tome el dinero, y...

—No es tan fácil, Alex —interrumpió Rita—. Las cosas...

—¡¿Esa simple llamada es difícil?! —Se enfureció Michael—. ¿No ibas a llamarle antes, cuando te atrapamos junto a la cabina telefónica? Pues hazlo ahora. Hazlo, o te paso por el rostro la arista del cristal. Ni tú te reconocerías luego... ¡Llama! Escucha esto: yo no he engañado a los otros, arriesgando el pellejo, para perder el tiempo.

Rita cerró los ojos un instante. Era lo único que podía hacer:

llamar. Alguien, de un modo u otro, se encargaría de Alex...

Marcó un número. No se tomó molestias; ella no entendía que la vista de Crane era como una máquina fotográfica.

Tras la llamada esperaba en vano, o así lo parecía.

—Insiste —masculló Michael.

Rita obedeció, en silencio; el resultado fue el mismo: silencio.

Michael, con gesto suspicaz, receloso, se había situado ante ella, y la miraba con mucha fijeza.

—¿No está? —Gruñó—. ¿Dónde está entonces, qué hace...?

—No sé, Alex... Ya... ya sabes cómo es nuestro trabajo...

—Está bien. Pero, repito, no me fío. Dame las señas. Iré a ver si es cierto que no está. Has podido llamar a cualquier número falso, para ganar tiempo. ¡Las señas...! Y dime como se llama ese afortunado perro... Sí, claro..., debe tener cara y ojos... ¡Las señas!

—Calle 70, en los muelles; al norte de West Palm Beach... frente a Lake Worth Inlett.

—¡Vuélvete de espaldas, ahora! —rezongó Michael.

Rita vacilaba; acabó por obedecer. Le sorprendió la rapidez de maniobra de Michael, quien empezó a atarla; muñecas primero. Luego, de un empujón la arrojó de bruces sobre el lecho, y pareció ser una combinación cuello, manos y pies, por la que recrearse atando a la bella Rita, con todo cuidado; una combinación cuello manos y pies, por la espalda; Rita no estaba cómoda, ciertamente. Lo último, fue la mordaza. Y Michael dijo:

—Así sé que no te largarás de aquí, y que no podrás avisar a nadie. Hasta luego.

Al salir, apagó la luz de la habitación; y cuando abandonó el pequeño «*bungalow*», la oscuridad era completa. Fue en busca de la motocicleta, que había dejado apoyada en la valla de entrada. Saltó al asiento, y, sin poner el motor en marcha aún la hizo rodar un poco, calle abajo.

Se detuvo junto a unos cocoteros que estaban en un leve promontorio, mirando en dirección al mar. De debajo del asiento extrajo un pequeño aparato transmisor-receptor, con el que efectuó una llamada, recibiendo respuesta de modo instantáneo:

—Dean a la escucha, Crane.

—¿Hicisteis lo que os dije, Dean? —inquirió Michael.

—Desde luego. Bien... Como tú suponías, o esperabas, alguien se

interesó por esa mujer, Crane. Ejercíamos vigilancia en el hotel, y llegó un tipo, que subió a la «suite», preguntó discretamente, buscó... Ese mismo hombre se fue con otro que le esperaba en el «parking», en un coche. Le seguimos, tal como estaba previsto, de producirse ese intento de contacto. En resumen: llegamos en su persecución hasta el 3060 de South *Country* Drive, Palm Beach.

—¿Y qué hay allí? —inquirió Michael.

—Una quinta. Ni grande ni pequeña, ni bonita ni fea, ni...

—Vulgar, comprendo. ¿Quién vive en ella?

—Pues sí..., hemos averiguado ya algunas pequeñas cosas. Se trata de un tipo llamado Herbert Foxbinder.

—¿Actividades?

—Ahí está... —Se oyó el gruñido de Dean—. Es un fabricante de juguetes; un industrial de juguetería, sólo de relativa importancia. Me pregunto qué demonios tiene que ver una espía asesina con un tipo que se dedica a algo tan inofensivo como la fabricación de osos, muñecas, mecanos...

—Trataremos de establecer esa relación. Supongo que alguien se ocupa ya de profundizar sobre ese Foxbinder.

—Sí claro... Ampliaremos el informe al máximo, pero con la debida discreción. Personalmente, no estoy muy seguro de que Foxbinder sea el pez grande que buscamos. Para mí, después de conocer a esa mujer, no existe otro pez grande que ella misma...

—Tal vez. Ese pez, como sea, está ya en la red. Ahora, Dean, escucha: nos encontraremos en un apartamento de la calle 70, en los muelles, frente a Lake Worth Inlett. Número 90, apartamento 30 A.

—¿Qué pasa ahí, Crane?

—Espero no tardar en averiguarlo.

—Bien...

—Yo me adelanto. Hasta ahora.

Cortó la comunicación, guardó la radio en su camuflaje del sillín, y emprendió la marcha, con la motocicleta en pleno petardeo.

Todo parecía ir bien. Aunque bastante más tarde de lo previsto, lo cual entra en la lógica teniendo en cuenta el viaje en aquel cascarón, el tipo había llegado a destino. Según las instrucciones, sólo tenía que levantar la alfombrilla que había ante la puerta del

apartamento, y... En efecto, allí estaba la llave. Magnífico. Todos los detalles estaban cuidados.

El tipo, con la cazadora azul marino en el hombro, abrió la puerta del apartamento, y pasó al interior. Encendió la luz del vestíbulo, y miró en torno. Perfecto. Claro que era muy tarde, y ella debía estar impaciente... Consideró que no tenía demasiada importancia que él llamase al hotel «Rosselle».

Caminó hacia la salita, calculando que allí estaría el teléfono. Entró. Y lo primero que vio ante él fue una mancha gris...

IV

EL tipo estaba sorprendido; vacilaba. Aquello que había sujeto por un cuello al tronco era una cabeza y debía ser una cara... ante él, Michael Crane, inexpresivo, silencioso, le miraba. Aquel tipo el recién llegado, llevaba barba de tres o cuatro días iba desgredado vestía ropas cómodas para viajar en barco...

—Bien..., no esperaba encontrar a nadie aquí —dijo el tipo, por fin, bastante hosco—. ¿Dónde está Rita?

—Te está llamando toda la noche —dijo Michael.

—Pues acabamos de llegar. El viaje sin novedad, pero lento...

—¿En qué barco? —inquirió Michael.

El tipo empezó a fruncir el ceño.

—¿Cómo dices...? —empezó.

—Te pregunto el nombre del barco.

El hombre ladeó un poco la cabeza, mirando de soslayo a Michael. Apareció el recelo en sus ojos.

—¿Y quién eres tú? —inquirió, por fin.

—No te alteres... —dijo Crane, esbozando algo parecido a una sonrisa—. Trabajo para Foxbinder. Estábamos todos impacientes. Tú me dices el nombre del barco, y...

—No sé quién es Foxbinder —cortó aquel tipo.

Además, retrocedió dos pasos; con ligereza, la mano derecha se hundió en el bolsillo trasero del pantalón, y apareció armada con una automática provista de silenciador, con la que trató de apuntar a Michael. Éste ni siquiera se había movido. El movimiento se produjo detrás de aquel hombre quien de pronto, sintió un crujido en su antebrazo derecho. Como si le hubiesen golpeado con una barra de hierro; soltó un gruñido de dolor, y sus dedos paralizados, doloridos, no pudieron impedir que la automática le fuese

arrebatada.

Aún no sabía que estaba ocurriendo, cuando alguien le hacía girar. Luego, el puño de Marquand, grande y duro, se incrustó en el estómago; el tipo, con un gemido, se inclinó. Marquand, entonces, le puso la palma de su enorme mano en la frente, y empujó hacia atrás.

El hombre, aturdido, casi sin respiración aún, retrocedió grotescamente, hasta quedar sentado, o mejor, tirado, en un sillón, que crujió al recibir el peso de aquel cuerpo.

Cuando el tipo empezó a poder respirar, y veía algo más que sombras, distinguió con claridad a los tres hombres que estaban frente a él. El de la cara gris, un poco en segundo plano, sí... Los otros dos, Dean y Marquand, amenazadores, mirándole fríamente.

Cuando Michael comprendió que aquel hombre empezaba a serenarse, avanzó dos pasos, quedando en primer término.

—¿Quieres un cigarrillo? —dijo Michael.

El tipo pestañeó; miró a los tres hombres.

—¿Quiénes son ustedes? —musitó.

—Gente amable, ya lo verás. ¿Un trago, un cigarrillo...?

—No. Quiero saber lo...

—Todos queremos saber algo. Dinos tu nombre —pidió Michael.

El tipo apretó los labios.

Michael no pareció inmutarse ante la implícita negativa, y prosiguió:

—Voy a explicarte cierta historia; procuraré ser breve, y expresarme con claridad, al mismo tiempo. Es una historia recentísima. Y empezó en Francia, cuando una red de enlaces del F. B. I.,

observó ciertos movimientos de agentes rusos; cierta maniobra. Como es natural, se montó de inmediato un tinglado de espionaje, de observación... Conclusión: Rusia estaba dedicando su maniobra contra los Estados Unidos. No es raro, ¿verdad? El tipo había palidecido intensamente.

Parecía estar encogiéndose por segundos. La verdad había estallado en su cerebro con la violencia de una pedrada en la frente: ¡El

F. B. I.!

—Como resultado, decía, de la observación de nuestra red, fue

descubierta una espía llamada Rita Miranda... Nacionalidad: cubana. Pero nuestros enlaces no estaban muy satisfechos con eso, y siguieron con su observación. Es claro que incluso tomaron unas fotografías de Rita Miranda... que el

F. B. I.,

ha utilizado no hace mucho, con unas ligeras variaciones, retoques. Claro está, nos interesamos por Rita Miranda. Y... en efecto, es una espía cubana... Mejor dicho: era una espía cubana; fue asesinada. En cuba ya lo saben... Y en Moscú, ahora, también lo deben saber. Más conclusiones que saca el

F. B. I.,

pues: Rita Miranda, ya no existe, y le sustituye una impositora... Una impostora que en Cap

D'Antibes,

Costa Azul, Francia mata a tres agentes rusos...

—Yo... yo ignaro...

—Luego veremos qué es lo que sabes y que es lo que ignoras —cortó Michael—. Por lo pronto, la mujer que se hace llamar Rita Miranda ya no existe y es una asesina de cuatro espías; tres rusos y una cubana. Hasta cierto punto, hasta es posible que el Congreso de Estados Unidos la propusiera para una medalla, pero... Mucho nos tememos que esa mujer, que aquí se hace llamar Nelly Gordon, haya desbaratado la operación conjunta ruso-cubana, para realizar por su cuenta o por cuenta de otra potencia. Tenemos, por tanto, que Rita o Nelly, no ha eliminado el peligro para Estados Unidos. Ni mucho menos, puesto que ella está aquí ahora. Y para terminar, diré que Rita o Nelly significa una amenaza para Estados Unidos; una amenaza presente.

El tipo estaba asustado; o, al menos, lo parecía.

Se movía en el asiento; aún le dolía el estómago.

—Ahora, las preguntas —dijo Michael—. Háblenos usted.

—Bien..., soy venezolano... De Caracas... Llegó a Caracas esa mujer, y... llegamos a un acuerdo. Nada difícil ni comprometido para mí... Yo he realizado muchos viajes de contrabando, pero éste no lo es. Es un viaje normal, legal...

—¿Qué carga el buque? —inquirió Michael.

—Juguetes... No me miren así, es cierto: ¡sólo juguetes!

—¿A nombre de quién va consignada la mercancía? —inquirió

Michael.

Esperaban oír el nombre de Foxbinder, naturalmente. Pero sólo Michael, al oír la respuesta del tipo, no pareció decepcionado:

—No, no... Esa carga no está consignada a nombre de nadie de Estados Unidos. Me explicaré... Esa carga es propiedad de un venezolano Un industrial de juguetería, que interviene en la exposición Interamericana del juguete, que se celebrará en West Palm Beach...

—¿Cuándo se inaugura esa exposición? —inquirió Michael.

—Creo que la semana próxima...

—¿Cómo se llama ese industrial?

—Señor Romero...

—¿Qué juguetería trae?

—Pues... no lo sé... Todo está embalado... Los juguetes se pondrán en el «*stand*» encargado por el señor Romero, en el recinto de la exposición, y eso es todo lo que sé... Mañana debe efectuarse la descarga, y eso es todo...

—¿De quién es el buque?

—Bien... Mío. Pero todo está en orden.

—Es posible. Diga: ¿para qué el contacto, una vez aquí, entre usted y esa mujer, Nelly Gordon? —inquirió Michael—. ¿Y por qué fue ella la que habló con usted para fletar el barco, en lugar de hacerlo el interesado directo, el señor Romero?

—Eso no es cosa mía... Yo sólo sé que ella fletó el barco; me interesó el trato, la carga a transportar, y... aquí estoy. Yo sólo esperaba la llamada de ella, para informarle de la llegada del barco, sin novedad. Es todo mi trabajo...

—En la carga puede..., debe, haber algo especial —dijo Michael—. En ningún momento debemos olvidar que Nelly Gordon desbarató una maniobra de espionaje ruso-cubana. Tampoco vamos a olvidar que esa maniobra la prosigue Nelly Gordon; aquí, en Estados Unidos. Por consiguiente, le participo que usted está detenido, y su buque queda a disposición nuestra, para un registro, y gestiones que consideremos oportunas.

—Pero... ¡La carga es legal...! Yo no conocía a esa mujer... Me dijo que era comisionista de fletes..., Me...

—Eso, y otras cosas, las iremos aclarando. Aún no ha dicho su nombre.

—Soy Munilla... Carlos Muñir... E insisto: la carga...

—Es legal, está bien. Pero el

F. B. I.

realizará todas las comprobaciones que considere oportunas.

—¡Formularé mi queja a...!

—No se preocupe por eso, Munilla; se lo permitiremos, pero a su debido tiempo.

—Voy a perder dinero si la carga no llega a tiempo.

Michael no le hizo caso; miró a Marquand y a Dean. Dijo:

—Se trata de tomar el barco con toda discreción. Sin mido. Además, cuento para ello con la colaboración de Munilla; espero que nos de facilidades para comprobar por nosotros mismos que no hay nada en esa carga de juguetes que nos interesa, que pueda perjudicarnos. Registrad bien el buque; no importa desembalar los juguetes, y..., algo importante: pasadlos por rayos «X».

—¿Qué esperas encontrar? —murmuró Dean.

—Lo ignoro. Desde un cargamento de drogas, a armas introducidas en la juguetería... No lo sé, Dean, pero hacedlo. Ese cargamento debe ser examinado concienzudamente, antes de permitir su desembarco. Es obvio, por otra parte, que habrá darse prisa en ponerse en contacto con Caracas, e interesarse por el señor Romero. Éste, incluso, si es honesto e interviene en el juego engañado, debe proporcionar una lista de la mercancía que iba a exponer. Esa lista será minuciosamente comprobada por nosotros. Bien..., como veis muchas molestias, mucho trabajo. Podríamos ahorrárnoslo, si Munilla supiera algo...

Y le miró con fijeza, con aquel tono gris vacío.

Munilla, aún pálido, parecía estar entre niebla, al sentirse bajo aquella mirada...

—No sé nada... No sé nada... —murmuraba.

—¿Repito instrucciones, Dean? —inquirió Michael.

—No es necesario. Y... supongo que lo de Foxbinder cobra nuevo interés...

—Sin duda. Pero, claro, imagino que Foxbinder sólo se prepara para exponer también sus juguetes en ese certamen... La clave es Nelly Gordon. Debo irme ya, Dean. Atención.

Munilla veía marchar aquel fantasma... Y ni recordaba aquel rostro...

V

CUANDO se encendió la luz, Rita-Nelly, pestañeando miró hacia la puerta; cualquier movimiento le costaba un esfuerzo; se sentía rígida, dolorida, muy incómoda... Vio el rostro de Michael Crane nublado; con expresión de ira en aquellos ojos grises... Bien, dedujo que era Crane..., porque apenas reconocía aquella cara...

Michael, por su parte, dejaba ver en su boca una mueca incluso cruel; Michael sabía hacer que sus labios temblaran... Y así, con aquella expresión de ferocidad, estaba ante Rita-Nelly.

—Perra... ¡Perra! —masculló—. ¡¿En qué lío ibas a meterme?!

Rita pareció no comprender.

Con un rápido gesto, el hombre del

F. B. I.,

alargó la diestra, y a tirones quitó a Rita la mordaza. Sin transición, le asestó unos reveses, bastante duros, secos, restallantes...

—¡Responde, vamos! ¡Querías deshacerte de mí! —masculló.

—Pero, Alex...,

n-no

comprendo...

—¿De veras? No soy muy listo, lo sé... Y lo paso mal. No olvido a Dean, Marquand, y Mitchell... No les olvido, no. Soñaré durante años que me persiguen; lo cual indica que soy un pobre diablo. No obstante, tu puerca trampa está tan clara...

—¡No sé de qué hablas! —gritó Rita, desconcertada.

Michael se inclinó junto a ella; muy cerca. Su boca estaba a dos pulgadas de la de Rita. Y empezó a mascullar:

—Te voy a explicar... Llegué allí, al apartamento, y estaba procurando cerciorarme de que no había nadie, cuando oí que alguien llegaba. No había ningún escondite cerca, y lo único que se

me ocurrió fue subir por las escaleras al piso superior...

Y allí me oculté, pero podía ver que estaba pasando. Y llegó un tipo. Lo que hizo, primero, fue inclinarse y de debajo de la alfombra tomar la llave... —Michael tragó saliva—. Tal vez fue el esfuerzo de inclinarse pero..., le sobrevino un terrible y nauseabundo vómito de sangre... Y cayó de bruces... Me di cuenta entonces de lo que sucedía: estaba mal herido... Toda la espalda llena de sangre... Me dio la impresión de que el tipo era marino.

Michael no parecía reparar en la lividez cadavérica de Rita.

Parecía fosilizada en aquellos momentos; incluso más vieja, y casi fea con aquel color en su rostro.

—Alex..., sigue... ¡Sigue! —exigió, con una nota histérica en su voz.

—Te interesa mucho, ¿ah, Patty? Bien... ¡Pues voy a decírtelo! Yo iba a bajar y largarme de allí a toda velocidad, cuando algo me obligó a seguir oculto en el rellano superior, pero siempre fisgando. Subía gente... Oía los rumores, porque corrían, subían de cuatro en cuatro... Y al llegar ante Munilla...

—¡¿Cómo sabes que se llamaba Munilla?!

—Se llamaba, nena... —Sonrió Crane, estúpidamente—. Se llamaba... Y, por supuesto, se lo oí decir a aquellos dos tipos... Uno de ellos se inclinó junto a ese Munilla, y le llamó repetidamente... Hasta que le estrelló la cara contra las losas, muy furioso... Le hacía preguntas... ¿Dónde estaba el barco, dónde estaba una tal Rita...? Rita..., no recuerdo el apellido... Bien, Munilla estaba muerto. Así que el tipo se irguió, y empezó a hablar con el otro...

—¡¿Qué decían, quienes son...?!

—Lo ignoro, encanto... Para mí, que son marcianos... No entendí palabra... Ni media...

Se intensificó la palidez de Rita-Nelly.

Hacía esfuerzos por tragar saliva.

—No puede ser... —susurró—. ¡No es posible...!, están aquí ya... Yo hice bien las cosas... No pueden estar tan cerca de mí...

—Eh, ¿de qué estás hablando ahora, y con quién? ¡Estoy aquí! ¡¿O no me ves?! —Se enfureció Michael.

Ella le miró a los ojos.

—Espera... Espera, Alex... Deja que me serene un poco. Es... es grave; te contaré... —decía, casi gimiendo—. Alex..., ¿no tienes

idea de qué idioma hablaban? ¿No agarraste alguna palabra...?

Michael pareció vacilar.

—No sé... —Gruñó—. Recuerdo que el tipo que inclinado junto a ese Munilla, al comprender que estaba bien muerto, se puso en pie, y muy furioso masculló algo así como... «sóbaka»... O parecido... Luego, hablaban muy rápidamente...

—Perro... Le llamó perro... —susurró Rita.

—¿De veras? Pues es más fácil en inglés. ¡Y basta de esto! No me vengas con estas complicaciones, ¿de acuerdo? Escucha esto: quiero mis ciento cincuenta mil dólares... Y no voy a admitir más demoras. Y menos meterme en líos de esa categoría...

Y le iba acercando los labios; la besó en los labios, en el cuello, por entre la sábana y el escote...

—Alex..., Alex, puedo dar mucho... Puedo darte mucho, a cambio de algo tuyo... —susurraba ella.

—Nena yo puedo obtener de ti lo que me dé la gana, sin necesidad de dar nada a mi vez. Entonces, ¿por qué meterme en líos?

—Alex..., olvida la tontería de ciento cincuenta mil dólares... Eso es una migaja; eso es nada... Yo te ofrezco un millón de dólares... Un millón. Y no me mires así no he bebido, ni estoy loca... Pero..., antes, dime: ¿de veras Munilla no pudo hablar?

—No, ni palabra. Tenía tanta sangre en...

—No dijo, pues, el nombre del barco.

—No, nada.

—¿Y ellos lo preguntaban? ¿Estás seguro?

—¡Claro que sí! ¿Qué demonios pasa? Eso lo entendía muy bien porque al tal Munilla le hablaban en inglés...

—Por tanto, no saben dónde está el barco... Eso puede salvarnos Alex. Y puede significar un millón de dólares para ti. Y no voy a pedirte que me dejes en libertad; ni siquiera que me desates... No por ahora. Quiero que confíes plenamente en mí. Alex..., te lo ruego...

—Espera, espera... Contrabando, ¿eh? Pues lo siento, muñeca. ¿O ignoras que me busca la policía? Si me echan la vista encima...

—No, no... La policía de aquí no tiene por qué saber una palabra de eso. Y no se trata de contrabando... te lo juro, Alex. Tú... tú puedes verlo. Tienes que hacer algo por mí. Algo que te

supondrá la suma de un millón de dólares, pagada al contado. Insisto: puedes dejarme aquí atada y amordazada; haz lo que quieras conmigo, pero obedéceme... Haz lo que voy a rogarte...

Michael tras haberla besuqueado a su gusto, sin la menor protesta por parte de ella, se irguió y empezó a dar vueltas por el dormitorio, sin que la mirada de Rita-Nelly se apartara de él.

Encendió un cigarrillo, chupó dos veces, y lo arrojó al suelo para pisarlo.

Por fin, ceñudo, se plantó ante Rita-Nelly.

—Lo siento. Mis ciento cincuenta mil, encanto. Eso es todo lo que yo necesito... No me gusta el vómito de sangre que vi...

—¡No te ocurrirá nada! ¡Estúpido, cobarde! ¡Nunca tendrás una oportunidad como ésta! ¡Jamás! Está bien, échala por la borda... ¿Qué tienes de hombre? Ni siquiera manos para asir lo que pasa por tu lado, y se pega a ti, para librarte de preocupaciones durante el resto de tu vida... ¿Por qué no lo piensas un poco más? Un millón de dólares, y... y una mujer como yo... Alex, piénsalo; te lo suplico... ¡Piénsalo!

Michael se humedeció los labios.

Ella le miraba con aquellos ojos negros encendidos; como si se hubiese alzado una gran hoguera en sus pupilas; y resollaba; la sábana se mostraba indiscreta; aquel color moreno suave brillaba... obsesionaba, encandilaba, a aquel hombre, que parecía un muñeco sin voluntad... Un hombrecillo sin iniciativa, estúpido, miserable... Mil veces miserable y desgraciado, en opinión de Rita-Nelly.

—Dime..., ¿qué habría de hacer? —inquirió, cauto, Michael.

Ella respiró hondo.

—Es tan fácil, Alex... —musitó.

—¡Dilo!

—Bien... Sólo ir a ese buque.

—No sé dónde está. Ya te digo que...

—Eso no es obstáculo. El buque lleva pabellón venezolano, y su nombre es «Güibia». Es un carguero de medio calado, bastante viejo. El puerto de West Palm Beach es diminuto. No tendrás la menor dificultad en dar con el buque.

—¿Y crees que esos tipos no lo estarán buscando?

—¿Qué importa eso Alex? Tú iras directamente, y tu gestión será brevísima... Sólo tienes que dar una contraseña, y ellos te

entregaran algo.

—¡Drogas! ¡No acepto! Ya me metí...

—No, Alex escúchame. No te precipites... Vas al «Güibia», y dices: «Estrellas negras en tierra blanca». Te dan un paquete que es bastante voluminoso, pero en absoluto pesado. Con el paquete, regresas aquí y mañana, sin ir más lejos, tienes tu millón de dólares.

—¿Sólo eso? —Gruñó, suspicaz, desconfiado, incrédulo, Michael.

—Es todo... —Intentó sonreír la bella morena.

—¿Y si me cazaran?

—¿Quién, Alex? Nadie te conoce en el puerto. Y la policía no te estará buscando allí, precisamente esta noche; es obvio. Tienes libertad de movimientos. Alex..., si quieres, puedo hacerlo yo. Vienes conmigo, y...

—Tch, toh, tch... De eso, nada; linda... Ya veré lo que hago. Pero tú aquí, atada..., y amordazada.

Michael le colocó de nuevo la mordaza. Rita parecía aliviada. Le interrogaba con la mirada. Michael se encogió de hombros, y rezongó:

—Con echar un vistazo nada pierdo, creo. Pero al menor asomo de peligro me esfumo.

Y salió de allí, apagando la luz, y cerrando de un portazo. A los pocos instantes, estaba sobre la motocicleta en dirección al discreto bosquecillo de pinos. Y radio en mano, llamando a Dean; la respuesta de éste fué:

—¡Maldita sea, Crane...! No hemos podido evitarlo... El tipo huía, y... Estábamos ya en el barco. Y...

—¿Qué ha pasado? —Gruñó Michael.

—Le dispararon... Ha muerto...

—Vaya... ¿Y el resto de la tripulación?

—Sin resistencia; pero nadie colabora, nadie sabe una palabra..., según dicen. No les creemos del todo, desde luego...

—Pero tal vez sea cierto. Voy para allá, Dean. Una cosa; para ir ganando tiempo, probad si alguien conoce esta contraseña: «Estrellas negras en tierras blancas». Y hay un paquete a disposición del poseedor de la contraseña.

—¿Tiene esa frase algún significado?

—No lo sé. Mera contraseña, me parece. Pero eso poco importa

ahora. Lo que sabemos es que Nelly Gordon esperaba la llegada de un paquete voluminoso pero poco pesado. Munilla se lo debía entregar. Y eso es todo, por ahora. Nos veremos dentro de veinte minutos, Dean. Corto.

Fue la desesperación la que obligó a Rita-Nelly a intentarlo todo. La desesperación, y una desconfianza total en el imbécil de Alex..., que la había llenado de baba, el muy... Estremecida, tensa sintiéndose en peligro no es de extrañar que el instinto de conservación de la mujer se exacerbara.

Y de ahí que en sus intentos, que incluso podían estrangularla, ya que un pedazo de sog a le unía el cuello a las manos, Rita-Nelly rodase desde el lecho al suelo; su nuca sintió un tirón, pero no pasó del susto.

Ya en el suelo, sintiendo alivio al notar el frescor del mosaico, reflexionó un poco; podía reptar, arrastrarse, de costado; lentamente, sin movimientos bruscos, pero podía. Y resollando, con el sudor apuntando en todos sus poros, con la sábana arrugándose, inútil para cubrirla, reptaba hacia el cuarto de baño.

De haber una solución, podía encontrarla en aquella arista de cristal.

Le costó un tremendo esfuerzo llegar hasta el baño; con la cabeza iba empujando la puerta.

Ya en el interior, tras hacerse un rasguño con una arista que estaba en el suelo, que le marcó toda la cadera derecha, Nelly logró, con las puntas de los dedos; dedos largos y finos, pero fuertes, rígidos en aquellos momentos, agarrar una arista.

Era cuestión de paciencia; retorcer los dedos, romperse los dedos si era preciso, pero tratar de ir rozando la sog a... Sí, podía en una postura de manos difícil, dolorosa, llevando los dedos hacia la muñeca... Y notaba el roce contra la sog a, y, a veces, contra su piel... Acabaría desollada de las muñecas...

Pero sudorosa, echando el aliento al mosaico, y también las gotas de sudor, notaba cierto progreso.

No cejaba, parecía una autómat a.

No importaba desollarse las muñecas...

Fueron casi cuarenta y cinco minutos de angustia. Tres cuartos de hora de pesadilla, antes de que cediera la sog a que rodeaba su muñeca derecha. Fue retirando la mano, y se encontró con un brazo

dolorido, rígido, al que había que devolver lentamente la elasticidad...

Siguió la mordaza, y pudo respirar mejor. Con la mano derecha libre, se quitó el pedazo de cuerda que le rodeaba el cuello; los pies a continuación. Lo último, la mano izquierda. Y se puso en pie, con toda la soga sobre sus tarsos, flexionando, relucientes los ojos...

Sin prisas ya, abandonó el cuarto de baño. La sábana había quedado allí, y la silueta de Nelly destacó en la penumbra de la habitación. Llevaba su minivestido en la mano, ya seco. Se lo puso en dos segundos.

Por allí debía tener el tabaco Alex...

Sí, había un paquete sobre el tocador... Encendió un cigarrillo y quedó en pie, fumando con placer, reflexionando.

Le costó poco tiempo confeccionar el plan definitivo.

Sin encender la luz, fue hacia el teléfono; estaba cerca de la ventana, y la claridad del exterior, con luna llena, era suficiente para poder ver el disco. Marcó un número.

Era tarde, muy tarde... Madrugada...

La respuesta tardaba...

Llegó, por fin; una voz un tanto pastosa, pero cauta:

—¿Quién...?

—Quiero hablar con Foxbinder —cortó Nelly—. Dígale que soy Nelly Gordon. Es muy urgente.

—¿A estas horas...?

—No pierda el tiempo —dijo, secamente, Nelly.

Y se sentó en el borde del lecho; ya era la misma. Con aquel gesto soberbio al quitarse del rostro los mechones de negrísimo cabello...

Tuvo que esperar casi un minuto, pero aquélla era la voz de Foxbinder:

—¿Miss Gordon? ¿Algún contratiempo...?

—No, no, Foxbinder, todo bien. Acaba de llegar lo que estábamos esperando. Ya sé que podríamos haber esperado a mañana, pero pienso que ésta es una buena hora para que todo se realice rápida y discretamente. ¿Puede venir con el dinero a una señal que le indicaré?

—Pero..., ¿ahora...?

—¿No le parece buen momento?

—Está bien no hay por qué extrañarse tanto. En realidad, no dormía aun. Últimamente tengo muchas cosas en que pensar... Dígame esas señas, y me presentaré con el dinero, en efectivo como convinimos. Pero..., por favor, no se lo tome a mal, no iré solo... Son cinco millones de dólares, *miss* Gordon. ¿Lo comprende?

—Desde luego, Foxbinder, no me molesta que tome sus medidas de seguridad, aunque sean innecesarias. Preséntese en un «*bungalow*» de Tamarind; concretamente, Shelby Road, 2900. En... contrapartida, le ruego que... no olvide traer el dinero Foxbinder. Yo también tengo mis recursos. La operación nos conviene a ambos, y a usted le sale muy barata. Le espero.

—No hemos debido mencionar un juego sucio que no puede existir, *miss* Gordon. Hasta ahora.

Colgaron.

Nelly casi, casi, empezaba a sentirse feliz. Y sonreía..., con crueldad, pensando en el recibimiento para Alex.

VI

EL paquete viajaba en el asiento de atrás de la motocicleta. El hombre del

F. B. I.,

casi vacilaba en dirección al «*bungalow*» de Tamarind. En realidad, quizás se había entretenido en exceso, pero había habido algunas sorpresas. Pero allá iba, con el paquete.

Por fin, divisó la tranquila zona; la calma del contorno del «*bungalow*». Se metió con la motocicleta hasta la misma fachada; tras apearse, tomó el paquete, lo dejó en el suelo, y apoyó la moto en la fachada; antes de meter la llave en la cerradura y abrir la puerta. Para entrar, ya cargado con el paquete, que no pesaba de acuerdo con su volumen, en efecto, le pegó un puntapié a la puerta.

Entró.

Oyó una voz:

—Permítenos, muchacho...

No veía las manos, pero le arrebatában el paquete.

Antes de que pudiera experimentar alguna reacción, recibía un tremendo puñetazo en la espalda, que le lanzó en tromba pasillo adelante, para aterrizar luego, realmente aturdido por el durísimo golpe, y quedar de bruces, sacudiendo la cabeza.

O se encendían luces o eran fuegos de artificios de su cerebro.

Pues no... Eran luces; la luz del dormitorio, la del pasillo...

Michael cerró los ojos; ocultó una sonrisa, con la boca pegada al suelo; aquello no lo había preparado él... No debió olvidar que no era el único ser en el mundo aficionado a las sorpresas. Y aquélla era realmente escalofriante, juzgar por lo que empezaba a ver, mirando sin que los demás lo notaran. Veía, de momento, a dos gigantescos negros pelados... Y a otro negro. Un negro cincuentón

elegantísimo, con gafas, con el cabello gris, barba... Y veía ya a la bellísima Nelly, vestida, pero con las piernas al descubierto; maravillosas piernas..., aunque no tanto su pie, que se estrelló contra el rostro de Michael.

—Esto no lo esperabas, ¿verdad, querido? —dijo.

Michael tenía que empezar su actuación.

Giraba los ojos, gemía... Parecía encogerse; deseaba arrastrarse. El espanto con que miraba a Nelly y aquellos negros era real a la vista de todos ellos... Un miedo abyecto, unos gemidos entrecortados...

—Patty..., Patty, yo quería ayudarte... ¡Te estaba ayudando!

N-no...

no puedes hacerme daño... —gemía.

Nelly esbozaba una sonrisa de absoluto desprecio.

Miró a Foxbinder el negro elegantísimo, y dijo:

—¿Puede prestarme por unos instantes la colaboración de sus hombres, Foxbinder?

—Bien..., no quiero perder el tiempo... El paquete está ahí, y el dinero lo tiene en el portafolios. Lo ha contado, y está en orden. Lo único que me resta hacer a mí aquí es... comprobar, a mi vez, que lo que usted me entrega está, asimismo, en orden. Y...

—Es sólo un instante, Foxbinder; que lo registren.

Foxbinder miró a sus hombres, a los dos espeluznantes negros. E hizo un gesto, sólo eso.

Los dos gigantes se acercaron a Michael. Se divertían, al parecer; le agarraron como a un conejo. Pies arriba, cabeza abajo, y empezaron a manosearle los bolsillos, arrojando al suelo todo lo que llevaba el gimiente Michael, cuya actitud, por otra parte, era la más parecida a un auténtico conejo con espasmos.

Allí estaba la pistola de Michael, y, entre otros objetos sin valor, los nudillos de hierro a los que el «gángster» era tan aficionado. Nelly se inclinó, se colocó los nudillos en la diestra, y, furiosa, jadeando, empezó a descargar golpes contra Michael, que colgaba de las manazas de aquellos dos tipos, y sollozaba, loco de miedo y dolor, mientras que el acero se incrustaba en su cuerpo, en el rostro...

Foxbinder intervino:

—Sugiero, *miss* Gordon, que deje para luego el dirimir sus

diferencias con este... hombre... —Acabó, con desprecio evidente.

—Está bien. Soltadle —dijo Nelly.

Los negros lo hicieron.

Michael cayó de cabeza al suelo, y quedó enroscado, gimiendo su dolor, su miedo... Nelly, mirándole, tenía la impresión de no haberle visto jamás...

Foxbinder volvió a hablar, un poco impaciente:

—Se supone, *miss* Gordon, que este hombre no saldrá vivo de aquí. Sabe algunas cosas; mi nombre, por ejemplo, y no deseo que...

—Morirá aquí, Foxbinder. Tranquilícese.

—¡NO QUIER0000...!

Fué Michael quien gritó.

Muy excitado, de pie de un salto, queriendo huir de allí.

Los dos negros se sintieron obligados a intervenir, haciendo de pared, impidiendo que Michael saliera del dormitorio. Y Michael, jadeando, con los ojos irritados, saltones, llorando de miedo, les golpeaba tonta, torpemente, con aquellos puños que no parecían gran cosa... Los dos negros parecían sentir compasión. Y uno de ellos, para acabar con la rabieta desesperada de Michael, le pegó un puñetazo en el estómago. Le dejó doblado.

Y en su giro, Michael quedó de rodillas ante Nelly; y quiso abrazarse a las rodillas de ella.

—Patty..., Patty, te lo ruego..., quiero vivir... ¿Qué te he hecho yo? Patty..., te estaba ayudando Yo, te lo juro, no te hubiese exigido el millón de dólares... Te quiero sólo a ti, me he enamorado de ti; te amo... Patty...

—Basta. Basta, desgraciado —masculló Nelly.

—Pero ¿quién es ese tipo? —inquirió, ceñudo, sorprendido, Foxbinder.

—Es una historia tonta Foxbinder; una confusión de una banda de «gangsters» de la que Alex formaba parte... Bien, yo me ocuparé de él. No teman: por mucho que implore, su sentencia está dictada.

—¡Patty no puedes hacer...!

Nelly le clavó los nudillos de hierro en la boca, y masculló:

—Cállate me sacas de quicio... ¡Cállate!

Michael procuraba gemir en silencio.

Foxbinder impaciente, hizo una señal. Uno de los negruzcos obedeció; de un seco puñetazo en la sien izquierda de Michael le

tumbó, sin conocimiento, a juzgar por su inmovilidad total, y su silencio. Foxbinder resopló un poco.

—Por favor *miss* Gordon. ¿A lo nuestro?

—Sí, desde luego. Traigan los paquetes. Abriremos el embalaje.

Uno de los negros fue a por el paquete, y lo depositó sobre el lecho. Silenciosa, Nelly se dedicó, con ayuda de los negros, a desembalar. Era cantoné, pero no ofreció dificultades. Al despertar el paquete principal, aparecieron, por separado, tres. Cada uno de ellos, envuelto en un estuche bastante sólido. Por encima, como se veía lo que contenían los paquetes; cada uno de los tres, ya que había una tapa de celofán fuerte.

Los tres paquetes quedaron sobre el lecho.

—Están numerados, Foxbinder —murmuró Nelly.

El negro corrigió la posición de sus gafas, quizás para ver mejor; acercó el rostro a los paquetes.

—Bonitos rompecabezas... —murmuró.

—Eso son exactamente: rompecabezas. Instructivos juguetes.

—Y muy particulares...

—En efecto. Difíciles de componer. Ha de ser por medios electrónicos, además. ¿Ve el mando? Luego, están numeradas las doce piezas de cada rompecabezas; cada pieza forma, si se combinan correctamente, la pieza completa, que la vemos a oscuras aquí... Una montaña, un río, y un lago...

Foxbinder observaba los bellos y modernos juguetes. Como decía Nelly, había que intentar componerlos pulsando los botones de las piezas una vez puesto en marcha el mecanismo electrónico; de ir acertando las combinaciones, las piezas se iban iluminando.

—No es difícil —dijo Foxbinder—. Como se iluminan las...

—Más difícil de lo que cree, puesto que si se equivoca dos veces al tratar de acoplar la pieza, se apaga todo el rompecabezas, y hay que empezar de nuevo.

—Ya...

—Como ve, no obstante, no deja de ser un juguete infantil —dijo Nelly.

—Bien, bien, pero...

—Usted ya tiene las combinaciones correctas, para mayor facilidad, Foxbinder. Le entregué el microfilm donde constan las combinaciones. Por tanto, usted, cuando quiera... operar... Bien, lo

tiene todo.

—Ha de ser con los tres rompecabezas resueltos.

—Sí, ya lo dijo.

—Es... portentoso... —musitó Foxbinder—. No sé si usted se da cuenta del poder que coloca en mis manos, *miss* Gordon... ¿Lo ha pensado?

—Sí —dijo ella, secamente.

—¿No va a exigir más dinero? —inquirió Foxbinder.

Ella sonrió.

—Tal vez —dijo—. Por ahora, cinco millones me parece una fortuna, ¡quién sabe!

Foxbinder, mirando los inofensivos rompecabezas que funcionaban con luz, reflexionaba. Al parecer, todo está listo. *Miss* Gordon como primera fase de la operación que realizaban entre ambos le entregó el microfilm con las combinaciones.

Quedó pendiente el trueque del dinero por el trio de rompecabezas, y el asunto ya se había solucionado.

—Envolvedlos; con cuidado —dijo Foxbinder.

—Son sólidos —dijo Nelly.

—No importa; deben ser tratados con cuidado.

Los negros le obedecían, reconstruían el paquete. En tierra, Crane seguía inmóvil, y silencioso.

—Ha sido muy laborioso traer aquí los rompecabezas... —suspiró Nelly—. Le advierto, Foxbinder, que agentes de espionaje rusos los buscaran sin reparar en medios.

—Lo sé; me lo dijo al principio. Yo nada tengo que ver con los agentes rusos; no me conocen.

—No se confíe.

Foxbinder entornó un poco los ojos, mirando con atención a Nelly Gordon.

—Debería ser sincera, *miss* Gordon —dijo—, si sabe algo más de lo que me está diciendo. ¿Existe algún peligro inmediato del que deba cuidarme o protegerme?

Ella negó con movimientos de cabeza.

—No, no es eso... No obstante, tengo que confesar que los rusos se han dado mucha más prisa de la que yo esperaba... La jugada que les hice, por lo visto, les ha hecho brincar como alcanzados por una llama. Pero, insisto, para usted ese peligro inminente no existe,

siempre y cuando sea discreto. Por otra parte, ya ve como han llegado los rompecabezas: con una carga de juguetes que un industrial venezolano expondrá en el certamen. Imposible sospechar.

—La felicito por su astucia, *miss* Gordon. Le deseo buena suerte.

—Lo mismo digo, Foxbinder; quizás, en alguna otra oportunidad, podamos realizar un trato tan limpio como éste.

—Es posible... Pero usted ya sabe que yo sólo pienso actuar, si ello es factible, en determinadas circunstancias. Adiós, *miss* Gordon.

Uno de los negros llevaba el paquete.

Foxbinder, elegante, cincuentón seguro de sus pasos, abría la marcha. Les acompañó Nelly, sólo basta la puerta. Luego regresó, para quedar en pie ante Michael Crane, que aún no se movía. Mirándole con una sonrisilla de desprecio y asco, Nelly tomó la pistola de Michael, y esperó a que empezara a moverse, a gemir...

Michael, tal vez acuciado por el miedo, tuvo muy pronto noción de la realidad, y con la boca temblorosa, enrojecidos los ojos, volvió a la súplica; con la mirada, con su tartajeo:

—Patty..., Patty, te lo suplico...

—Es inútil, Alex. Me he sentido... humillada, en ridículo... No sé si lo comprenderás... Tú, un producto de barrio bajo, has teñido en jaque a una espía internacional... ¿Te sorprende?

Michael la miraba con los ojos muy abiertos; parecía no entender.

—Pero..., tú eres Patty Alien, la...

—No, Alex. No. En realidad, me estoy tomando molestias inútiles contigo. Pero..., aunque sólo sea por vanidad, quiero que sepas que has tenido prisionera, en tus manos, a una auténtica pantera. Tú, ignorándolo, la has estado fustigando, enloqueciendo, con tus golpes, con esos nudillos de acero, de cobarde; y no sólo con tus golpes... Con los repugnantes besos tuyos... Con esa mirada de bicho degollado... Es la verdad: me has llenado de asco, me has humillado. Tú, nadie, un «gángster» de poca monta.

Michael parecía petrificado por el asombro.

—Patty..., te amo, y...

—¡Cierra la boca! Me sacas de quicio... No es corriente lo que me ocurre contigo; me causas escalofríos de repugnancia... ¿Qué me puede importar a mi tu amor?

—Patty, podríamos...

—Basta, basta... Voy a matarte, y es todo. Pero... hablábamos de mi vanidad de espía internacional... Voy a confesarte un secreto: me llamo Olga Liubiska, y soy rusa... —Sonreía fríamente mientras que el espanto deformaba la cara gris de aquel hombre—. Y los dos tipos que viste siguiendo a Munilla, son rusos. Y, es obvio, me buscan a mí también, y no para dispensarme mejor trato que a Munilla.

—Patty, has enloquecido... No puede ser que...

—¡Deja de llamarme Patty, idiota! Veo que no te impresiono... Eres amorfo, no reaccionas... Voy a contarte algo más de mi vida. Fui espía del

K. G. B.,

ruso, ¿sabes lo que es eso?

—No sé... Yo, Pat... Yo ignoro...

—¡Lo ignoras...! Sí, claro. ¿Qué vas a saber tú pobre diablo? Pertenecía al

K. G. B.,

y... por una historia sentimental, las cosas cambiaron mucho para mí hace dos años. Espero que ahora sí te asombres, y reacciones: en cierta ocasión, cuando yo desempeñaba una misión en un país africano que no hace al caso, me enamoré de un hombre... de un negro, negro como la noche... ¿No te sorprendes? Pero ese negro, puesto que no quería que su país se alineara junto a Rusia, tenía que morir. Moscú decretó su muerte.

—¿Y... y le... mataste...? —musitó Michael.

—Por fin haces una pregunta con sentido, Alex por fin, has tenido un destello... —dijo Olga Liubiska—. No, no le maté yo. Yo me negué; es más, quise protegerle. Pero fue inútil. Los verdugos de Moscú, Alex... Me buscarán por todo el mundo, como perros de presa. Pero tengo recursos... Y tengo cinco millones de dólares... ¿Por qué me miras así? Por ese paquete que has tenido la amabilidad de traer, Foxbinder ha pagado cinco millones de dólares.

—Mentira... no creo que...

—¿Sabes acaso lo que contienen? —cortó Olga.

—No. Pero..., nada hay que valga esa suma fabulosa...

—Pues he vendido a precio de saldo... Me gustaría que vivieras

para ver lo que ocurrirá cuando Foxbinder use esos juguetes infantiles.

—Pat... Olga..., yo... Yo podría hacer algo por ti...

—¿Tú? Eres torpe; eres un imbécil. Ni siquiera, probablemente, eres capaz de comprender que yo, por amor, haya traicionado a mi país y destruya cuanto esté al alcance de mi mano... Por amor por venganza contra ellos. Aquel hombre, el que yo amaba, era inteligente, culto, delicado, viril... Una estrella negra ¿comprendes? Y si he tratado a Foxbinder es porque se trata de un hombre inteligente, ambicioso en ese sentido: quiere justicia e igualdad para los negros.

Michael fingía maravillosamente no entender palabra.

Y ella le miraba entre furiosa y conmisericordia.

—Olga..., si te persiguen los rusos, yo... puedo esconderte. De veras... En Chicago tengo amigos que...

—Calla. Calla, Alex... Yo huiré sola, sin estorbos. Antes de matarte, quiero hacerte algunas preguntas: ¿cómo están los del barco?

—No sé...

—¿Les explicaste lo de Manilla?

—No...

—¿No han tenido más contratiempos?

—No sé... Estaban confiados...

—Entonces, los rusos no han llegado aún, y nadie les ha podido hablar de mí. Personalmente, sólo me conocía Munilla, pero éste pudo cometer alguna indiscreción, hablando con sus tripulantes...

—Lo ignoro... Olga, yo..., yo no puedo creer de veras estés pensando matarme... Así, fríamente... No es posible. Eres tan bella, tan dulce, tan...

—¿De veras crees que no puedo asesinar con toda frialdad?

—¡No!

Olga rió entre dientes, con brevedad.

Aquel estúpido ignoraba tantas cosas... Olga recordaba aun la bola de fuego en que se convirtió el helicóptero, en Cap D'Antibes;

y el despanzurrado Anould; y a la joven espía cubana Rita Miranda, que reposaba degollada en el fondo del Caribe...

—Estás equivocado, Alex —dijo.

—Yo no creo...

—Calla ahora. Lo cierto es que jamás me precipito al asesinar. La situación que se me plantea en estos momentos es digna de estudio. En ningún momento puedo confiarme; no debo olvidar que los verdugos rusos andan detrás de mí. Bien..., quiero pensar. Si hubiese alguna forma de utilizarte, en mi exclusivo beneficio, es obvio, lo haría. Yo, puesto que he cumplido mi misión personal aquí, y tengo el dinero, tengo que salir de Estados Unidos. Inadvertidamente.

—Olga..., mis amigos descubrirán que les engañé... Volverán de las Bahamas, y nos buscarán...

—Tus amigos no me asustan, Alex. Son tan inútiles como tú.

—¡Está bien, soy un inútil! —se excitó Michael Pero..., te salvé la vida... Estarías ahora ahogada, en el fondo del lago... Por lo que fuese, y como fuese, te salvé la vida...

—Te interesaba. Además, a mí no me buscarán; me creen en el fondo del lago. Insisto: tus amigos no me producen la menor preocupación Pero cállate; quiero pensar. Vete a ese rincón. No te muevas de ahí, no quiero oírte. Ahí, quieto, y mudo.

VII

EN verdad, la quinta del 3060 de South *Country*.

Drive, no era gran cosa. Modesta, un tanto antigua pero no dejaba de poseer encanto; aquella paz, el silencio; los pequeños macizos de flores, y plantas subtropicales; la piscinita, que casi nunca se utilizaba...

El interior mostraba un poco más de acomodo. Foxbinder gustaba de rodearse de pocas cosas, pero de valor; mobiliario pesado, sólido, de gran valor como antigüedad, aunque resultase un tanto incómodo, por problemas mucho más profundos, intrigantes, que el de su comodidad personal.

Foxbinder ni siquiera se permitía, por no pensar en ello, un escarceo amoroso, una aventurilla; era algo que había alejado de su habitual comportamiento. Él, y sus tres criados negros; sólo eso.

Aparte, su industrial de juguetería. Allí desempeñaba un papel que le permitía obtener lo suficiente para cubrir necesidades, y preparar asuntos interesantes...

Habían llegado a la quinta; Foxbinder, y los dos negros. Foxbinder y uno de los negros, que portaba el paquete, fueron dirección hacia la casa; el otro, iba con el auto hacia el garaje.

En la puerta esperaba el tercer negro, tan gigantesco como los otros; respetuosamente, obediente. Saltaba a la vista que Foxbinder ejercía gran ascendencia sobre aquellos hombres.

—¿Todo ha ido bien señor Foxbinder? —inquirió el que esperaba en la quinta.

—Sí, Emmanuel. Vamos abajo.

Emmanuel pareció un poco sorprendido, pero no hizo comentarios. Abrió la marcha; oyó a Foxbinder decir, refiriéndose al otro negro:

—Deja el paquete en el despacho, Emmet. Y baja también con Louis, cuando regrese del garaje.

—Sí, señor Foxbinder.

Caminaban pasillo adelante.

Había una puerta lateral, junto a la de la cocina parecía la de la despensa, simplemente; pero un vez en ella, unas estanterías, un panel completo cedía, dejando paso a unas interioridades secretas de la quinta.

Descendieron a un sótano, bastante grande; en realidad, sorprendían sus dimensiones, ya que prácticamente, ocupaba toda el área de la casa. Cuando Foxbinder bajaba al sótano, no podía evitar un profundo disgusto, al verlo en aquellas circunstancias; es decir, vacío. Vacío casi por completo. En otras épocas, y no muy lejanas aquellos sótanos habían albergado cosas tan heterogéneas como armas, provisiones, y a veces hasta hombres; hombres negros, perseguidos, acosados...

En el sótano había un par de cámaras; una de ellas, con la puerta abierta, a oscuras, y vacía. La otra puerta estaba cerrada. Foxbinder miró a Emmanuel, y éste no necesitó preguntar; la llave de aquella puerta pasó de un bolsillo a su mano.

La abrió. Encendió también la luz, y se hizo a un a dejando paso libre a Foxbinder.

El negro penetró en aquel recinto con paredes grises, de cemento. Paredes peladas, a excepción de unas argollas de hierro en la pared. Había varios pares de argollas, pero sólo un par estaba ocupado. Había allí un hombre, casi colgado. No es que las argollas estuvieran demasiado altas y el tipo colgara; simplemente estaba tan desfallecido, que se sujetaba por las muñecas, sin fuerzas en el resto del cuerpo.

Foxbinder quedó ante aquel hombre. En silencio.

El tipo no parecía reaccionar por la presencia de Foxbinder. Seguía mudo, entornados los ojos... Su aspecto, en verdad resultaba deprimente. Le habían golpeado, y tenía el rostro lleno de hematomas y sangre seca; desfigurada la boca, partida nariz... Desnudo de medio cuerpo para arriba se veían sus costillas, laceradas por los golpes. Hematomas en el estómago, en los costados...

—Vengo a comunicarle una mala noticia, Izzaro —dijo

Foxbinder, de pronto.

Izzaro parecía no haber oído.

Foxbinder pareció enfurecerse un poco; fue un guiño nervioso en los ojos; y musitó:

—Despiértale, Emmanuel.

El negro, apenas había terminado Foxbinder de hablar, soltó un seco revés, de abajo a arriba, en el mentón de Izzaro; le ladeó la cara. El tipo resopló; su nariz, llena de coágulos, emitía raros sonidos.

—Tengo lo que buscaba, Izzaro —dijo Foxbinder—. Ahora, necesito de ti una información, sabes, Hasta ahora, te he ido manteniendo condiciones que podemos calificar de humana no quería apretarte, puesto que aún no tenía en mi poder los juguetes. Ya los tengo. Como sea pienso arrancarte la información que preciso.

Izzaro sacudió la cabeza; era un tipo maduro pero evidentemente fuerte, bien dotado; su pecho era musculoso, pero llevaba varios días encerrado allí, y se sentía en exceso debilitado.

—Usted es un soñador, Foxbinder... —murmuró, roncamente—. Yo, al menos magnánimamente le calificó así... Por no hallarse loco, o cosas peores...

—Izzaro reflexione... ¿Los demás son mejores que yo? Pienso que lo que me propongo es utilizar lo que los demás han realizado... Pero no es momento de discutir mi locura, o mi sueño, o lo que sea. Necesito conocer esas ciudades. Y emplazamientos exactos de...

—¿Para qué, Foxbinder?, si de veras tiene el rompecabezas...

—Claro que los tengo. Pero..., quiero estudiar la manera de realizar la operación que más me convenga a mí; no precisamente la que preparaba Rusia y Cuba contra Estados Unidos. Creo que puedo mejorar la situación...

—Lo dudo. El daño que puede hacerse...

—Basta. Tenemos, al respecto, distintos puntos de vista. No sé porque habla usted de daños, Izzaro. Usted es... un mercenario, en realidad. Agente doble... o triple, si se le presenta el caso. Yo voy a utilizarle. Emmanuel, ¿quieres soltarle?

El negro, en silencio, se acercó a las argollas; con la llave maestra. Emmanuel se sintió más tranquilo al oír bajar a Emmet y Louis. Ciertamente Izzaro estaba muy débil, pero en cierta ocasión

había demostrado su dureza...

Ya suelto, a Izzaro había que sujetarle, ayudarle a caminar. Lo hicieron entre Emmet y Louis; cada uno por un brazo, le obligaron a dirigirse hacia las escaleras, y subir.

Foxbinder había subido en primer lugar, y cuando Izzaro llegó al despacho, entre los negros, Foxbinder ya había destapado los paquetes; se veían los rompecabezas, protegidos por el grueso celofán. Los bonitos e instructivos juguetes electrónicos.

Izzaro, en pie, sujeto aún por Emmet y Louis miraba los rompecabezas. Foxbinder estaba ante la caja fuerte, manipulando con el dial de combinación. Abrió la caja, y de lo más profundo extrajo lo que parecía un simple carrete de película; tenía en el cajón de la mesa escritorio un visor de suficientes aumentos.

Foxbinder mostraba una leve sonrisa de triunfo y un centelleo en los ojos, cuando estuvo de nuevo frente a Izzaro, separados por el escritorio, clásico, pesado, de auténtica artesanía.

—Su silencio ya no tiene objeto, como ve —dijo Foxbinder—. Y me pregunto si en realidad trata de beneficiar a alguien con ese silencio.

Izzaro consiguió esbozar una sonrisa.

—Confieso que a mí mismo, Foxbinder... —murmuró—. Callaba, puesto que viviría mientras no dijera lo que usted quisiera saber. Ahora...

—Comprendo... No era por lealtad a nadie excepto a usted mismo, a su vida. Es obvio: ¿quién puede esperar lealtad de un agente doble o triple? Pero vayamos al grano: ¿dónde, en que ciudad debo buscar?

—Supongo que... me matará en cuanto se haya dicho...

—Le mataré igualmente, Izzaro. Usted no merece seguir viviendo. Por su culpa, fracasó un intento de revuelta patrocinado, dirigido, financiad por mí. Usted anuló todas nuestras posibilidades por un puñado de monedas. ¡Qué fácil traiciona engañar, reírse de un pobre y estúpido negro! ¡De un negro soñador!, como usted dice. Lo más ridículo del mundo, ¿no es cierto? Negro..., y, encima soñador...

Izzaro no hizo comentarios.

Foxbinder se calmó, y agregó:

—Dígame el nombre de esas zonas o ciudades.

—¿Qué piensa hacer?

—Eso es cosa mía, Izzaro.

—Lo tiene muy fácil... ¿Por qué complicarse vida?

—¿Se lo repito? Pues bien: lo que Rusia y Cuba preparaban, no ha de ser, forzosamente, a mi medida; no llena mis deseos, mi manera de pensar. Yo pienso obtener otros frutos.

Izzaro encogió los hombros.

—Allá usted... —murmuró—. Cabo Cañaveral, (Florida), Norfolk (Virginia), y Atlantic City (New Jersey).

—Ya...

—En las áreas militares claro está —dijo Izzaro.

—Comprendo perfectamente. Buen trabajo.

—Yo no lo hice...

—Lo sé, lo sé... Usted no lo hizo, pero lo supo, usted que ha sido agente cubano, les va a hacer ahora mucho daño. Se lo hace a Cuba, y se lo haga Estados Unidos, de cuyo país es usted también agente... doble. Pero su vida, es natural, usted la conoce mejor que nadie. Ahora, voy a echar vistazo al microfilm de la combinación correcta y veré los rompecabezas...

—Si los completa, sobreviene el desastre, Foxbinder —dijo Izzaro.

Satisfecho, Foxbinder rió; una risa ronca, breve.

—No, no... No voy a hacerlo, aún. Voy a jugar un poco; voy a acariciar mi poder, como el avaro acaricia su fortuna todas las noches... Mi poder, en definitiva, se lo deberé a usted. Es curioso cómo ocurrieron las cosas, Izzaro, ¿recuerda?

—Sí claro...

—Es lógico que recuerde... Tras su intervención fracasó mi revuelta, y claro yo me esforzaba por encontrarle. Y lo conseguí. Usted no lo esperaba, ¿verdad? En fin, le atrapé por suerte, Izzaro. Usted, para salvar su vida, para interesarme, para que yo olvidase su traición, me habló del «*affaire*» ruso—cubano... Logró interesarme, ciertamente. Pero estoy seguro de que usted no esperaba que yo triunfase por mis medios...

—Confieso que así es. Pensé que usted sólo no conseguiría nada.

—Encontré a la persona idónea: una... mercenaria, como usted, pero por otros motivos más humanos, más comprensibles y disculpables. Pero ella es honesta, Izzaro. Ambiciosa, pero honesta.

Y ella, con un trabajo realmente formidable, lo ha conseguido. Veá los rompecabezas: en mi poder. Supo apoderarse de ellos, supo pasarlos a Estados Unidos... Un gran trabajo.

—Felicítela en mi nombre, Foxbinder.

—Tal vez no haya oportunidad... Debe estar lejos ya.

—Hace bien... Es peligroso trabajar en Estados Unidos. Lo digo por el

F. B. I.

Es un organismo de gran eficacia.

—¿El

F. B. I.?

Vamos, vamos, Izzaro... No tiene la menor idea de lo que se está cociendo... —rió Foxbinder—. Ni siquiera sabe lo que hicieron aquí los ruso—cubanos..., y con intervención de usted. ¡Ni eso saben, claro! Nada de nada.

Izzaro quedó mudo, con extraña expresión.

Foxbinder estaba extrayendo el microfilm; había que pasarlo por la ranura del visor.

Sonreía; su expresión era satisfecha; se sentía poderoso en tales momentos. Con un poder como nunca... Ciertamente que la entrega de cinco millones de dólares había acabado con el resto de su fortuna personal, e incluso beneficios de su industria.

No le importaba. En realidad, el dinero gastado era inversión, a corto plazo, además, algo debía ocurrir...

¿Qué pasaba con la sonrisa de Foxbinder? Se estaba esfumando; temblaba, mientras que desaparecía, se borraba, se convertía en una mueca agría, en unos labios que iban perdiendo rápidamente el color...

Lo habían notado los negros, y lo notaba Izzaro.

Los negros, no obstante, no se atrevían a despegar los labios.

Izzaro sí lo hizo, con tonillo entre insolente y cáustico:

—Parece que algo va mal, Foxbinder... ¿No?

El negro retiró el visor; miró con tremenda ira a Izzaro que le miraba con ojos refulgentes, con el blanco enrojecido de súbito, que parecía bullir tras los cristales de las gafas.

Empezó a apretar los botoncitos de los rompecabezas; se iluminaban las piezas; los errores las hacían de nuevo a oscuras... No. Nada coincidía... ¡Nada! Los rompecabezas que tenía delante

no tenían la menor relación con las soluciones numeradas en el microfilm... ¡Nada que ver! No respondían a aquellos tres juegos...

¡No correspondían...!

Foxbinder aún trató de serenarse. Quizás era que estaba cometiendo un pequeño error...: no. No, no... Sus intentos eran infructuosos. Botones cerrados, luces que se apagaban y se encendían en un completo caos en relación con las acciones micro fotografiadas.

Por fin, convencido de que había sido víctima de una nueva traición, de estúpido engaño, dejó el visor sobre la mesa.

Le veían sudar; tinta en un rostro negro...

Se le empañaron las gafas, incluso, a causa de sudor, del vaho que había arrancado la súbita tensión, la rabia...

—Me he equivocado... —musitó, con voz ronca—. Nelly Gordon no ha sido honesta... Emmet, Louis id a buscarla... Id, rápido, y traedla aquí. Con vida... Eso es lo más importante, con vida. ¡Corred, estúpidos! Ya le hemos concedido suficiente margen para irse... Pero esperad: no sé quién era aquel tipo..., el tal Alex. Si está muerto, ya sabemos a qué atenernos; si vive, lo quiero aquí también... ¡Rápido!

Los dos negros habían comprendido.

Sin una palabra, salieron de la estancia.

No habían pasado diez segundos, de total silencio en aquel despacho, cuando roncaba el poderoso motor de un «Ford», con el que los dos negros salían de la quinta...

Izzaro, en su boca torturada, golpeada, mostraba una sonrisilla.

A Foxbinder no le gustó.

En absoluto. Aquella sonrisa en labios deformes era una úlcera que de pronto le doliera a él en el estómago.

—¿Le divierte la situación, Izzaro? —musitó.

—Bueno..., le convenía saber que yo no soy el único traidor, Foxbinder. En realidad, usted es tu hombre casi ingenuo; confía demasiado en los demás. Y éste es un juego sucio; el del espionaje, es un juego en aguas turbias, insondables... Aquí, el quién es quién no existe, es falso. Aquí, en este juego, cada uno tiene tantas barajas como le contiene. Por ideología, por ambición; a veces por miedo...

Foxbinder le miraba con los ojos achicados; debía ver mal, con los cristales de las gafas entelados.

—Tal vez tenga razón, Izzaro... —murmuró—. Yo me he propuesto algo, y lucho para conseguirlo. Pero..., utilizo herramientas que no me sirven. Herramientas como cuchillos de doble filo... Pero sigue sin gustarme la mentira, la traición, la injusticia. Debo ser demasiado rígido, porque nada me hace cambiar de ideas... ni de chaqueta, Izzaro.

Izzaro encogió los hombros.

—A veces, es conveniente —dijo—. Porque los que hoy son tus amigos, mañana son todo lo contrario.

—Yo, no.

—Sí, usted es loco aparte...

—Y usted, Izzaro, ya nada tiene que hacer en este mundo.

Izzaro palideció un poco.

Lo esperaba, claro; tenía que llegar. La amenaza, hasta entonces, había sido más o menos vaga; pero... ya no. Ya no era una amenaza, sino la sentencia definitiva. Además, Foxbinder, sin dejar de mirarle a los ojos, tenía la mano en un cajón del escritorio.

Y ya eran dos hombres a sudar. Foxbinder, de ira. Izzaro, de miedo.

Miedo al último momento.

Tal vez debía hacer algo, defenderse, o intentar...

Lo pensó con lentitud y torpeza. Débil física y mentalmente, el reflejo fue tardío.

Lo único que pudo hacer fue adelantar las manos, tratando de detener las balas, y gemir roncamente, desorbitados los ojos por el súbito espanto, cuando ante él, a dos yardas, el arma de Foxbinder lanzaba los chorritos lívidos.

Cuatro balazos fueron a parar al cuerpo de Izzaro.

El tipo trastabilló, bailó un poco, y acabó por desplomarse, rodando, hasta quedar con la espalda en el suelo, brazos en cruz, mostrando el pecho lleno de sangre.

Humeante la automática en la mano, Foxbinder miraba el cadáver.

—No... Ningún traidor merece nada mejor... —musitó.

Emmanuel no parecía muy tranquilo, pero cuidaba de no mostrarlo.

Foxbinder, por su parte, parecía estar reflexionando intensamente. Guardó la pistola, por fin, y se sentó, es decir; se dejó

caer en su asiento; se pasó una mano por la sudorosa frente.

—Tendremos mucho trabajo si *miss* Gordon ha conseguido huir... —musitó—. Si ha huido, si no la atrapamos, soy hombre hundido, Emmanuel, no podré proseguir con mi lucha...

El negro se removió.

—¿Puedo hacer algo, señor Foxbinder? —susurró.

—No... Esperaremos... Es lo único que podemos hacer en estos momentos. Veremos que noticias traen Emmet y Louis.

Emmanuel miró el cadáver de Izzaro.

Foxbinder interpretó aquel gesto de su criado, y le dijo:

—Sí, quítalo de mi vista... Déjalo en el jardín, ya lo enterrareis luego, entre todos... o lo arrojaremos al mar, o al lago...

Emmanuel, sin despegar los labios, se acercó al cadáver, se inclinó, agarrándole por las axilas, y empezó a arrastrarlo. Salió del despacho, mientras Foxbinder apretaba los puños con fuerza, impotente, lleno de malos presagios; muy pesimista. *Miss* Gordon ya no estaría...

Y allí, ante él, el microfilm con la combinación correcta, y los rompecabezas electrónicos inútiles; simples, y auténticos, juguetes.

VIII

CADA vez que Olga miraba a Michael Crane, notaba la mirada de éste fija en ella; le incomodaba, le ponía nerviosa... Era una sensación absurda; aquel miserable, normalmente, debería tenerla sin cuidado; como si no existiera. Además, iba a matarle de una vez. No podía utilizarle.

Olga se encontraba en situación un tanto forzada, porque al lugar que menos le convenía ir era al hotel «Rosselle». En un hotel es fácil localizar a la gente, y los rusos, era obvio, aquella noche no se habían ido a dormir; no dejaban pendiente un trabajo tan importante.

Y allí, en el «Rosselle», ella tenía su pasaporte, sus cosas; incluso objetos de camuflaje...

Pero desechado, no volvería al hotel «Rosselle».

¿Entonces? Una buena idea era ir directamente al barco de Munilla, y ocultarse allí. El barco sin duda, descargaría por la mañana, y zarparía, como máximo, en las últimas horas de la tarde... Sabía que los rusos no habían localizado el «Güibia», y era una buena oportunidad...

Decidido.

Se puso en pie, tras aplastar en el cenicero el cigarrillo que había estado fumando.

Miró a Crane. Éste, entonces, parecía obsesionado por aquella soberbia figura femenina; por aquellas piernas sensacionales, que brillaban al claroscuro de luz de la luna que se filtraba por las persianas.

En silencio, con el paquete del dinero en la zurda, y la pistola en la diestra, Olga echó a andar hacia la salida. En realidad, retrocedía. Por muy absurdo que le pareciese, no se sentía en exceso segura...

Aunque Crane no se movía, muy expectante, tenso por completo; no iba a permitir que ella le matase...

Olga estaba ya bajo el umbral de la puerta; apuntaba.

—Adiós, Alex. No te necesito.

Ocurrió cuando iba a apretar el gatillo.

Cuando Michael Crane estaba a punto de saltar, con todos sus músculos como muelles tensos.

No obstante, también Michael se llevó una sorpresa, y quedó quieto, a la expectativa.

La sorpresa mayor, de todos modos, fue para Olga. Olga, de súbito, se sintió atenazada por el cuello; un brazo poderoso, largo, negro, le rodeaba el cuello. Una mano grande, de palma sudorosa, abarcaba toda su diestra, y le impedía apretar el gatillo. Un segundo después, Olga había perdido el arma; el apretón en el cuello se hizo más intenso; se le saltaban los ojos, la boca desmesuradamente abierta no conseguía llevar aire a sus pulmones; trataba de debatirse...

La soltaron, de pronto; un seco bofetón la tiró al suelo, al interior del cuarto.

Y quedó de rodillas, sacudiendo la cabeza, desparramando lágrimas, con un escote sensacional...

Se encendió la luz.

Olga no comprendía: los dos negros de Foxbinder allí...

¿No comprendía? ¡Qué estúpida era...! Foxbinder había decidido no prescindir de los cinco millones de dólares... Y Olga, entonces, se sintió furiosa, llena de ira. De un salto, se puso en pie. Algo histérica, eso sí; sin la serenidad necesaria, sin elegancia... Aquella pérdida previsible del dinero la desquiciaba... Saltó contra Louis, que era quien había recogido el maletín: chilló, quiso arañarle, sacarle los ojos... Pero fue rechazada con un bofetón; retrocedió hasta chocar contra el lecho.

—Debí..., debí suponerlo... ¡Cochinos! —Escupía y lloraba—. No sois más que unos cochinos... No he debido confiar en Foxbinder; es más perro que los demás; sí, lo es... ¡Por su piel negra, como la vuestra, cerdos, cerdos, cerdos...!

Crane ocultaba una sonrisilla, ocultaba un esbozo de humor. Crane parecía en el colmo del miedo y del desconcierto. De modo que para Olga, los negros ya no eran... estrellas negras... Ya sólo

eran cochinos de oscura piel... Pobre Olga; en fin...

Los negros, por su parte, parecían ligeramente perplejos, ante la protesta de Olga.

Fué Emmet quien rezongó:

—Finge bien, pero es inútil. Usted nos ha engañado.

Olga respingó.

—No, No... Nada de eso... —murmuró—. Yo he jugado limpio...

—Ya lo aclararemos, pero una cosa es incontrovertible: los rompecabezas que usted ha entregado al señor Foxbinder, no coinciden con aquéllos cuyas soluciones constan en el microfilm. ¿Conclusión?: los rompecabezas entregados por usted son falsos..., o, en otro caso, es falso el microfilm. Por favor, venga con nosotros. Usted... —Emmet miró a Michael, y le apuntó con el arma—, también con nosotros...

Olga, como una víbora a punto de caer al fuego, se revolvió, encarándose a Michael, cuya expresión era de lo más gris; un ente atemorizado, sin cerebro, sin comprender... Un tipejo que parecía empezar a arrastrarse...

—Alex... ¿Has oído? Has sido tú... Di, ¿has sido tú? —musitó Olga.

—Y—yo... yo no comprendo... ¡Yo traje aquí lo que me dieron! —chilló Crane.

Su pecho parecía más hundido que nunca; la camisa negra entallada le hacía aún más delgado y miserable...

—Lo que te dieron... No sé... No puedo creerlo, Alex... ¿Qué es lo que hiciste? Quiero la verdad... ¿Quién te lo dio? ¿Cómo fue? Ya has oído, supongo; se ha producido un engaño peligroso para nosotros... ¡Quiero saber...!

Emmet, desconcertado, cortó la discusión.

—Vengan ambos. Dense prisa —ordenó, seco—. Ya aclararemos todo esto ante míster Foxbinder.

Olga jadeaba; el escote, entonces, era de los más sugerentes; incluso la mirada de los negros fue atraída por él. Y masculló, mirando a Michael:

—No eres más que un gusano... Me alegro ahora de no haberte aplastado, pero lo haré. No lo dudes: lo haré.

Michael, que había empezado a acercarse a los negros, pareció retorcerse; se le inyectaban los ojos de sangre, chillando:

—¡Yo no sé nada de todo esto...! ¡Tomé lo que me dieron en el barco...! Maldito sea yo un millón de veces, por haber aceptado algo que no comprendía, que no es lo mío... ¡Esa mujer dice que es una espía internacional...! ¡Todo ha de ser cosa suya...! Me ofreció un millón de dólares, la embustera... Me metió en una trampa... Yo salvé su vida, yo sólo quería mis ciento cincuenta mil dólares, que Ottavio y ella nos robaron, y...

—¡Basta, desgraciado! —estalló Olga—. Tú y tus...

—Se acabó —dijo Emmet, perdiendo la paciencia.

Agarró a Michael por un hombro, y tiró de él; al soltarle, casi lo incrustó de cara contra la puerta.

Louis se ocupó de Olga. Y los cuatro abandonaron el «*bungalow*». Cerca estaba el auto de los negros.

Michael gemía, juraba, se retorció... El solo era un «gángster», y ella una bruja... Él había hecho lo que ella le dijo, tan sólo...

Al auto.

Ya ante Foxbinder, que parecía haberse tranquilizado por completo, al tener de nuevo en su poder el dinero, y en su presencia a Olga y a aquel hombre, Michael trataba de hacerse oír. Allí, en el despacho, con Foxbinder sentado frente a Michael y Olga y los tres negros detrás, dueños absolutos de la situación, Michael quería a toda costa salvar su piel.

—... y eso fue lo que hice: llegué al buque, di la contraseña, y un tipo me hizo esperar. Apareció con el paquete, y me recomendó prudencia. Llegué al «*bungalow*», y eso es todo... Yo..., yo empiezo a odiar a esa mujer... —Miró a Olga—. Pero..., no sé a quién responsabilizar del engaño; si a ella o al tipo que me entregó el paquete...

La tensión parecía ceder un poco.

Foxbinder meditaba. En realidad, no se podía culpar precipitadamente a *miss* Gordon; pudo ser que la traición, el engaño, partiera del buque... Y otra cosa parecía segura; el imbécil del tal Alex poco menos que fuera de sospechas; no había sido más que el chico de los recados.

—Yo sé dónde está el barco... —decía Michael—. No creo que haya zarpado, puesto que trae mercancía para descargar aquí... El barco se llama «*Güibia*», bandera venezolana... Está en el muelle

dos.

Foxbinder seguía escuchando a Michael, y pensando.

Olga, dándose cuenta de que Michael, con sus chillidos, su histeria, su explicación, estaba solventando en cierto modo el problema, incluso le miró con alivio, con agradecimiento.

Foxbinder se puso en pie, y dio unos cortos paseos, observado por todos. Destacaba la cara ansiedad del hombre de la cara gris, que tragaba saliva continuamente.

—Emmet —llamó, de pronto, Foxbinder.

—¿Sí, míster Foxbinder?

—Creo que lo mejor será presentarse en ese barco. La hora es muy adecuada para que sea una sorpresa completa. Actúad con discreción, sin ruido... Necesitamos varios hombres. Ve en busca de nuestro grupo de acción. Llama por teléfono a Clover y que prepare a los demás. Siete hombres, incluido tú, sois suficientes, creo. Tomad el barco, y... quiero aquí los auténticos rompecabezas.

Emmet no replicó.

Se dirigió hacia donde estaba el teléfono, marcó un número, y poco después hablaba con el tal Clover, dándole una serie de instrucciones. Cuando colgó, quedó mirando a Foxbinder, y éste dijo:

—Vete ya. Emmanuel y Louis se quedan conmigo.

—Sí, señor Foxbinder.

Emmet se apresuró a salir; él tenía que dar las órdenes a aquel grupo de acción que destacaba Foxbinder. Éste, una vez hubo salido miró a Olga.

—¿Tiene algo que decir, *miss* Gordon? —inquirió.

—No... Estoy de acuerdo con Alex, Foxbinder...

—Es posible que las cosas hayan ocurrido como dice ese hombre. Sin embargo, deberán disculparme: voy a retenerles. Ustedes y los cinco millones quedarán aquí. Si mis hombres regresan con los auténticos rompecabezas, *miss* Gordon, les pediré excusas...

—No es necesario... Yo comprendo su actitud, Foxbinder —dijo Olga.

—Gracias, muy amable. Bajadles al sótano —dijo Foxbinder.

Olga se humedeció los labios.

—Nosotros no... —empezó.

—Tomo mis precauciones, *miss* Gordon. Es todo —cortó Foxbinder.

Hizo un gesto, indicando que no deseaba seguir oyendo a Olga. Ni a Alex. Éste, se encontró avanzado a trompicones, hacia la salida. Olga, más rehecha, algo más entera, serena, caminaba con majestad, seguida por los dos negros, que estaban muy atentos. Por el momento, Olga y Michael tendrían que soportar algunas molestias; luego, Foxbinder les pediría excusas... Así, por lo menos, pensaba Foxbinder mientras se sentaba en su sillón, preocupado aun. Quizás no fuese tan fácil tomar el barco... Pero ¿qué hacer si no?

Allá, por el pasillo, Emmanuel se adelantó, y abrió la puerta de la despensa; luego, hizo correr el panel-estantería.

—¿Qué van a hacer? —inquirió Olga.

—Baje.

Alex trató de resistirse. El negro Louis no se tomó muchas molestias, no habló. Le colocó la suela del zapato en las nalgas, y dio impulso. Michael bajó las escaleras como mejor pudo, para no dejar los sesos en los peldaños. Olga seguía como una reina.

No obstante, abajo, mientras que Michael parecía gimotear, asustado, a Olga no le gustó la idea de meter las muñecas en aquellas argollas de hierro. Trató de resistir, de protestar... Y tuvo mala suerte porque un gesto suyo fue mal interpretado, y Emmanuel sin calcular sus fuerzas, la estrelló la cabeza contra el cemento. Sin un solo gemido, fulminada, Olga se derrumbó. Un hilillo de sangre resbalaba junto a su oído izquierdo.

—Cuidado —gruñó Louis—. Has podido matarla.

—Ayúdame —fue lo único que dijo Emmanuel.

Entre los dos negros alzaron a Olga; una muñeca cada uno, y quedó suspendida de las argollas, sin sentido, con la cabeza colgando, con el brillante y magnífico cabello sobre el rostro, a mechones...

—Bien, ahora el tipo —dijo Louis.

El tipo era Michael Crane; el hombre de la cara gris; el mejor contraespía del

F. B. I.

Ni más ni menos.

Y en la mente cibernética de Crane, sonó la hora de actuar; era

el momento justo, apropiado aquél, y no otro, en ningún momento antes.

Y Crane empezó a actuar.

Louis, tras sus palabras, se volvía hacia él. Emmanuel aun parecía pendiente de Olga, y se llevó una magistral sorpresa, al ver salir de pronto, sin explicación lógica para su cerebro, a Louis, despedido como impulsado por una catapulta.

En efecto. Louis estaba haciendo un gesto para que Michael se acercara, y éste lo hizo; pero de modo salvaje, feroz; con las dos piernas por delante, en un inverosímil salto; aquel hombre delgado de pecho hundido, se convirtió en un fleje de acero. Sus dos pies alcanzaron de lleno, con doble patada tremenda, en el pecho del negro. Y pese a la fortaleza de éste, se percibió un raro crujido, y un gemido ronco de dolor. Louis, que creía tener el esternón aplastado contra la columna vertebral retrocedió, manoteando, con el rostro terroso, con gruesas gotas de súbito sudor.

Cuando Emmanuel comprendió que lo había hecho el hombrecillo, cuya cara, ni siquiera recordaba, vaciló: ¿pistola o golpes? Aplastarle a tortazos, o...

No tuvo tiempo, vio que Michael se acercaba a él. Y vio un puño lanzado contra su estómago, así que se tensó; los nudillos del miserable se destrozaban contra su musculoso abdomen...

No fue así, exactamente. Michael no le pegó en el estómago, ni siquiera con el puño con que amenazaba; con la zurda, por delante los dedos, de punta, completamente rígidos, lanzó un cruel golpe al ojo izquierdo de Emmanuel, consiguiendo un limpio blanco...

Le reventó el globo ocular.

Emmanuel casi blanco a causa del dolor, con un terrible chillido, que Michael cortó con un golpe como un navajazo en el cuello, quedó de espaldas contra la pared, arrugándose con ambas manos en el ojo reventado, loco de dolor, ciego...

Michael quiso acabar con él.

La sien; un buen golpe; de maestro. Y le dejó sin sentido. A Michael no le gustaba mucho el aspecto del ojo de Emmanuel, que había quedado al descubierto... No; no le gustaba. De todos modos, Emmanuel sobreviviría a aquello.

Michael Crane procuraba no matar. Era rarísimo el caso en que Michael Crane había matado...

Louis tuvo una corta vacilación. Iba a matar al del pecho hundido. Iba a... Sí, con sus manos; le retorcería el cuello; le... Saltó contra Michael. Éste parecía no enterarse, pero cuando las manos de Louis iban a cerrarse en torno a su cuello, realizó un asombroso movimiento de esquivar, y Louis se encontró apretándole el gaznate al aire. Y se encontró con la punta de un zapato entre sus piernas...

Sí, aquélla debía ser la agonía de la muerte...

No lo comprendía, no entendía nada... Aquel tipo alto y flaco no era rival...

Michael pensaba de modo distinto, es obvio. Le pegó en el cuello por dos veces, pero Louis no caía. Louis le miraba con los ojos enrojecidos, saltones, de asesino...

Hubo un esbozo de reacción por parte de negro, pero su rostro recibió una especie de latigazo, asestado por Michael con la parte externa del pie derecho; le dejó de costado, apoyado con un hombro en la pared. Y fue cuando aprovechó para lanzarle un puñetazo a la cabeza.

Louis tenía la cabeza no muy grande, con el cabello muy rizado, que se alisó al choque contra el cemento.

Louis, luego, se iba deslizándose hacia el suelo.

Michael jadeaba ligeramente; hinchó un poco el pecho, para respirar hondo. Era extraño... Se desvanecía la impresión de pobre hombre flaco y débil. Además su cara nada tenía de vulgar en aquellos momentos. Su mirada era viva, penetrante directa, inteligente... Tenía un poco hinchadas las venas del cuello, y se advertía poder, fuerza...

Y se le hinchaban más las venas, por lógica: el esfuerzo de colgar a Louis en las argollas era considerable. Una muñeca, otra... Bien. La llave maestra la tenía Emmanuel, el del ojo reventado. Fue hacia él, le registró, y tomó las llaves. Segundos más tarde, Louis estaba inutilizado, y con largo sueño por delante.

Con la zurda tomó los cabellos de la mujer, alzándola.

Se empapó en sudor.

Guardó las llaves en un bolsillo del pantalón, se apoderó de una automática, y se acercó a Olga. Con la zurda, tomó los cabellos de la mujer, alzándole el rostro. Dormida, y para rato, sí. Aun manaba sangre, un hilillo, de la brecha abierta por el golpe. La contempló

aun unos instantes, con una breve y prieta sonrisa. Cuando la soltó, el rostro de Olga se perdió otra vez entre mechones de cabello.

Ella colgaba, flácida hacia delante, como rota...

La espía internacional...

Michael no obstante, jamás escarniaba al vencido..., que contra él eran todos.

Aún tenía trabajo.

Pistola en mano, sin confianzas, pese a saber que Foxbinder estaba solo en la casa, salió del sótano.

IX

NO había hecho el menor ruido al deslizarse por el pasillo. Estaba frente a la puerta del despacho, y la empujó con suavidad; Michael Crane prescindía de los golpes de efecto; ya lo era suficiente su sola presencia.

En efecto, al verle enmarcado en el umbral, Foxbinder, que había alzado la cabeza, esperando ver el negro rostro de Emmanuel o Louis, quedó muy quieto, pestañeó apenas, sin entender. Michael, grave la expresión, avanzaba hacia él, apuntándole con la automática.

Foxbinder empezaba a ponerse en pie; su diestra tembló, vaciló. ¿Dirigirse al cajón y empuñar la pistola que...?

—Siéntese, Foxbinder. Coloque las manos sobre la mesa; con la palma sobre el tablero, con voz tranquila, sin realizar el menor aspaviento.

Foxbinder volvía a tener las gafas enteladas; fue un calor extraño, un sofoco, un sudor...

—¿Cómo..., cómo es posible...? —musitó Emmanuel y Louis...

—¡No se preocupe por ellos, Foxbinder! Esta situación, ahora, la vamos a resolver entre usted y yo.

—Entonces, usted es el traidor... Los rompecabezas los sustrajo usted, los cambió...

—Digamos que hay algo de cierto en todo eso, pero...

—Escuche esto, Alex..., o quien sea: puedo darle más dinero. Podemos trabajar juntos en...

—No siga. Para evitar nuevos errores por su parte, me presentaré, Foxbinder: Michael Crane, agente especial del F. B. I.,
Contraespionaje.

El color negro se clareaba en el rostro de Foxbinder; de nuevo por su cara parecía resbalar tinta. Sus palmas humedecían el tablero de la mesa.

Michael agregó:

—Suelo comportarme como un caballero. Foxbinder, cuando la máscara se me ha caído..., o me la he quitado yo. Antes, lo confieso, no hago más que mentir, engañar, traicionar... Repito: ya sin máscara, soy un caballero, y partiendo de esta premisa le ruego que trate de situarse a mi altura, para hablar de todo esto; de los rompecabezas electrónicos.

Foxbinder aún no salía de su torpe sorpresa.

Sacudía la cabeza, se humedecía los labios.

Imposible... ¿Cómo se había deshecho de Emmanuel y Louis...? ¡¿Cómo?!

—Bien... —Cerró los ojos—. Usted ha planteado con mucha claridad la cuestión, señor Crane. Trataré de... estar a su altura...

—Gracias. Ahora dispéñeme unos minutos.

Michael alargó la zurda, tomó el teléfono, y marcó un número. El del auto de Dean, con conexión general. La voz de Dean sonó casi al instante:

—¿Crane? ¿Puede saberse dónde estás? He llamado al «*bungalow*» de Tamarind, y sin respuesta... Temíamos ya que hubiese ocurrido algo...

—Nada importante, Dean. ¿Cómo ha ido todo eso?

—Pues..., ya sabes casi todo. Tenemos la juguetería, y se está revisando todo por rayos «X» blandos, sin encontrar nada de interés; se ven los mecanismos, el interior... No sé. Nada más, aparte de los tres rompecabezas electrónicos... Por cierto, ya estarán al llegar a Washington, con el vuelo especial. Pero ya sabes que los rayos «X» no descubrieron nada especial, aparte del mecanismo electrónico que se supone sirve para el manejo de los juguetitos.

—Ya... Creo que lo de los rayos «X» puede dejarse. Retened a la gente del buque, para ser interrogada. Los no responsables serán puestos en libertad. Es decir: en el buque sólo interesaban esos tres rompecabezas, que vuelan hacia Washington.

—¿Y qué pasó con los que te llevaste para sustituirlos?

—Oh..., no sirven... —sonrió Michael.

—¿No sirven?

—Es un poco largo de explicar, y aún no sé muy bien a qué atenerme, Dean.

—Pero ¿dónde estás, y...?

—Escucha aún, Dean. Este asunto parece importante. Se ha movido la cifra de cinco millones de dólares, que Olga Liubiska ha calificado de precio de saldo; además, se han cometido varios asesinatos..., todos ellos, los que yo conozco, al menos, por la propia Olga...

—¡Espera, Crane! ¿Quién es Olga?

—Nelly Gordon.

—¡Demonios!

—Sigue escuchando. Se trata, ahora, de esperar adecuadamente a un grupo de acción de siete hombres negros, que irán al barco; quieren tomarlo; quieren registrarlo, y encontrar los auténticos rompecabezas.

—Vaya... Comprendo, Crane. Descuida, serán recibidos con todos los honores... Ahora, de una vez. ¿Me dices dónde estás?

—Sí, desde luego, en la quinta de Foxbinder. Éste y yo vamos a sostener una cordial «tete a tete».

—¿Qué ayudas necesitas? ¿A quién o quienes desplazo para...?

—No, no. Él y yo estamos solos; nadie nos molestará. Atento a ese grupo de acción, Dean. De todos modos, cuando hayáis terminado, venid. Hay que recoger a unos cuantos detenidos; entre ellos, Olga y el propio Foxbinder.

—De acuerdo... Eres un fenómeno, Crane...

—Bueno, bueno, muchacho...

—Un fenómeno yo no creía lo que decían de ti, pero me quito el sombrero; y la corbata y los zapatos, y...

Crane rió brevemente y dijo:

—Hasta luego, Dean.

Colgó.

Miró a Foxbinder.

Al tipo parecía haberse extraviado la mirada.

Consiguió articular por fin:

—¿Dice... dice que los... auténticos rompecabezas vuelan hacia Washington...?

—Desde luego —fué la respuesta de Michael.

Foxbinder se mordía el abultado labio inferior.

—Debo considerarlo todo perdido, entonces... —murmuró.

—En efecto. Diga, Foxbinder: ¿cuál es la utilidad, el... secreto, llamémosle, de esos rompecabezas electrónicos? —inquirió Michael.

—Los tres son un conjunto; entre todos, forman un conjunto...

—He empezado a sospechar algo así pero, por favor, ¿quiere ser más explícito? Una negativa por su parte no sólo es inútil, sino contraproducente, puesto que indicaría su propia predisposición a colaborar. Además, tenemos a Olga Liubiska.

—Los rompecabezas llegarán a Washington... —musitó—. Y los expertos del

F. B. I.,

resolverán las soluciones...

—No le quepa duda, Foxbinder.

Seguía el brillo en los ojos del tipo.

—Pues que lo hagan... —musitó—. Que coordinen los tres rompecabezas...

Michael se pasó una mano por el mentón; no dejaba de mirar a Foxbinder.

La mente del contraespía funcionó, tal vez, por el mismo mecanismo que los rompecabezas: electrónica. Y lo que hizo fue levantar el teléfono, y marcar el mismo número que antes. Dean se puso de inmediato al teléfono.

—¿Sí?

—Crane —dijo Michael—. Urgente, Dean: llamad a Washington. Que no toquen los rompecabezas; que no intenten componerlos. Bajo ningún concepto. Dean, es importantísimo. Y urgente, repito.

—Pero..., ¿qué...?

—Haz lo que te digo. Gracias.

Colgó.

Crane sonreía con escasa frecuencia, pero aquella vez su débil sonrisa se debía a la expresión de derrota de Foxbinder. Pero era verdad: Crane no escarniaba a ningún enemigo, así que borró pronto la sonrisa, y dijo:

—¿Tiene objeto que siga callando, Foxbinder?

El negro tardó un rato en responder; su voz era débil, apagada:

—No... Ninguno... Usted es en verdad un hombre inteligente, Crane...

—Hábleme de los rompecabezas electrónicos.

—Sí... Hundido por todos los conceptos, creo que aún puedo beneficiarles en algo. Resumiendo, le diré que esos tres rompecabezas, solucionados, coordinados, no son otra cosa que un control remoto. En el momento de encajar la última pieza, ese control remoto actúa, señor Crane.

—¿Cómo actúa? —inquirió Michael.

—Bien... Se... se producirá la explosión de tres cabezas atómicas...

En aquellos momentos, de verdad, si era gris el rostro de Michael Crane; completamente gris, y húmedo. Parecía haber quedado sin habla. No obstante, la realidad era que el peligro estaba poco menos que aplastado, ya que nadie más que Washington poseía aquel control remoto. La maniobra de las potencias enemigas se revelaba con toda claridad, con su escalofriante amenaza... Y pensó también, fugazmente, en Olga. No olvidaría que Olga, cuales fuesen sus motivos, era la baza más importante contra los rusos-cubanos, para que la amenaza hubiese dejado de existir.

—Foxbinder..., tres cabezas de combate atómicas. ¿Usted pensaba accionar ese control remoto? —inquirió Michael.

—No aun... Y no como estaba previsto por los que instalaron esas cabezas atómicas.

—Instaladas... Ya instaladas aquí...

—Sí, así es. A veces, no funciona el contraespionaje tan bien como ustedes creen, señor Crane.

—Es evidente. Pero, dígame: ¿dónde están instaladas las cabezas de combate?

Foxbinder vaciló, pero sólo unos segundos. No tenía objeto callar, era cierto.

—Se lo diré. En Cabo Cañaveral, Norfolk, y Atlantic City.

—Arreas militarizadas, bases importantes... —susurró Michael.

—Sí.

—¿Cómo lo supone usted? —inquirió Crane.

—Un doble agente llamado Izzaro.

—¿Dónde está ese hombre? Hay que localizarle, y...

—No habrá que tomarse muchas molestias. Está muerto, en el jardín.

—¿Le mató usted? Bien, no conteste a eso, si no quiere. Pero no

es explicación suficiente, Foxbinder...

—Izzaro se comprometió conmigo para cierta operación, y la hizo fracasar. También a ustedes les habrá perjudicado en alguna ocasión. Y a Cuba.

—Agente doble, Estados Unidos-Cuba.

—Sí. Yo iba a matar a Izzaro, pero me habló de este asunto. Me interesó, me puse en contacto con *miss* Gordon, y... ella, prácticamente hizo el resto. Robó el control, cuando desde Europa lo trasladaban a Cuba. Se apoderó de los verdaderos rompecabezas, juguetes que sólo su complejo interior le diferencian de los demás. Para pasarlos con comodidad, sin peligro fue a Caracas. Y aprovechó la Exposición Interamericana del Juguete que se va a celebrar en Palm Beach. Nadie tenía idea de lo que significaban esos rompecabezas; en apariencia, vulgares juguetes. Hay..., hay algo, alguien que lo ha estropeado todo...

Michael aún lo miraba con mucha fijeza.

—Olga fue descubierta en Europa —explicó— fue localizada al entrar en los Estados Unidos, e intervine yo. Pero fracasada esta operación, usted, Foxbinder, tiene grave responsabilidades. ¿Lo comprende?

—Sí, no soy un estúpido...

—Diga: ¿qué uso pensaba hacer de ese control?

—Dispararlo, pero cuando las cosas hubiesen estado como yo pensaba prepararlas.

—Dispararlo...

—Sí, a menos que ciertas condiciones que yo pensaba imponer hubiesen sido aceptadas.

—¿Qué condiciones, y a quién pensaba imponerlas?

—¿Por qué cree que voy a responder a todas sus preguntas, Crane? —masculló Foxbinder.

—Porque tal vez en sus respuestas haya algo que merezca ser considerado, sopesado, en su beneficio, en el momento de dictaminar su responsabilidad.

—No lo creo. Con lo que he hecho es suficiente para pasar el resto de mi vida en la cárcel.

—Tal vez.

—¿Pretende engañarme, Crane? Sé muy bien lo que hay. Podría decirse, incluso, que lo cometía por mi es... alta traición al país...,

por omisión, por no poner al Gobierno al corriente de la importante amenaza que se cernía sobre nuestro suelo. Además..., por querer aprovechar esa amenaza en mi beneficio. Es decir..., no en el mío, personalmente, sino en el de millones de hombres negros.

—Ya... ¿filantrópico, Foxbinder?

—Quizás no tanto. Mis planes eran... ambiciosos.

—¿Y factibles? —inquirió Michael.

—Pienso que sí; confiaba en ello. De otro modo, no me hubiese embarcado en esta aventura.

—Hábleme de sus proyectos.

—Muy bien... ¿Por qué no, en realidad...? Le diré que lo primero que pensaba hacer era rescatar esas cabezas de combate de los lugares donde están instaladas.

—¿Por algún motivo especial?

—Naturalmente, Crane; un motivo obvio: los ruso—cubanos conocen esos emplazamientos, y en vista de que han perdido el control, su reacción no se hará esperar: querrán recuperar las cabezas atómicas.

—Es lógico... Y usted quería retirarlas, y...

—Emplazarlas a mi conveniencia.

—Ya...

—De este modo era dueño del control, de las cabezas atómicas, y de su emplazamiento. Sólo yo.

—¿Dónde pensaba emplazarlas?

Foxbinder dudaba.

—No estaba totalmente decidido... No, aún no —murmuró.

—¿Y sus condiciones a exigir?

—Condiciones de humanos para los negros.

Lo dijo con un tono de orgullo y desafío.

—¿Nada más, Foxbinder? ¿Es todo, de veras? —Michael hizo un gesto de duda.

—Bien, no.

—¿Qué más entonces?

—Muy bien, quiere saberlo todo... Ya fracasó una revuelta que iban a organizar en Centroamérica... Izzaro, al traicionarme, la hizo fracasar... El maldito Izzaro... Gasté más de dos millones de dólares... Iba deshaciendo mi fortuna personal, sin ningún beneficio para nadie, a excepción de los canallas traidores que podían

engañarme, mentirme... Fracasó el intento de revuelta, sí... Pero el que iba a preparar ahora no hubiese fracasado... Yo, yo, Herbert Foxbinder, hubiese sido el rey de Centroamérica. Hubiese gobernado un conjunto de varios países...

Michael no pudo evitar un breve gesto.

Foxbinder apretó los labios.

—Piensa que estoy loco... Y es posible. No obstante, sepa mis propósitos: echar de Centroamérica a todos los blancos... Y no me miré así. ¿Cuántos blancos son? ¿No está de acuerdo conmigo en que la población total de blancos puros es sólo de un veinte por ciento?

—Es un dato estadístico conocido, en efecto.

—Eso, pues, significaba que el ochenta por ciento tiene sangre de negros en las venas. Y ese ochenta por ciento, siendo la gran mayoría, están bajo la bota tiránica del blanco; al antojo y la injusticia del blanco; trabajando para el blanco... Pues no, Crane iban a cambiar las cosas. Me proponía expulsar a ese veinte por ciento de blancos de Centroamérica. Y todos los negros de aquí, de Estados Unidos, serían allí bien acogidos, para vivir en paz, y sin la explotación inicua a que se ven sometidos. Y bajo mi Gobierno.

Quizás..., quizás, todo aquello estaba gravado en su cerebro con auténtica buena fe; si la locura y la buena fe son compatibles.

—Echar al veinte por ciento de blancos explotadores, y toda Centroamérica para usted... —murmuró Michael—. Y los negros U. S. A.,

que quisieran un trato humano y trabajar en paz y progresar tenían cabida en ese... imperio suyo.

—Exacto, Crane.

—¿Y cómo echar a ese veinte por ciento de blancos? ¿Olvida que son, que son aunque el porcentaje parezca bajo, varios millones de hombres?

—Usted olvida las cabezas atómicas, Crane —dijo Foxbinder.

—Ya...

—Hubiese estudiado el emplazamiento idóneo para hacer más daño. Aunque debo aclarar que lo que yo me proponía era no hacer daño, por el contrario, deseaba obtener un beneficio importante, definitivo, para poner al hombre negro a la altura humana que le corresponde. No..., no es daño lo que yo quería hacer... Yo hubiese

colocado las bombas, y seguidamente habría anunciado al mundo mis pretensiones; mis... condiciones. Exilio del blanco centroamericano.

Michael se sintió un poco turbado, lo que no era fácil; perturbar la solidez de las ideas de Michael era trabajo arduo...

—Y de no acceder, habría empezado a utilizar el control remoto —dijo.

—Sin miramientos. Con esa muestra de fuerza, de poder, de dureza, quizás se hubiese iniciado el exilio.

—O quizás se hubiera producido una réplica con la que usted no parece contar, Foxbinder.

—¿Qué réplica? No me conocen; no saben dónde estoy; no...

—No; a usted le ignoran... Pero no a los millones de desgraciados que hubiesen sufrido toda clase de represalias, por ese ataque atómico. Aparte de las víctimas que...

—¡Ninguna víctima negra! Habrían sido avisados; habían evacuado —se excitó Foxbinder.

X

SE fue calmando Foxbinder, mientras Michael permanecía silencioso, observándole. En definitiva, allí no iba a contar la opinión de Michael, pero éste aun pensaba en alguna posible carta oculta de Foxbinder.

Por su parte, el negro, que se había quitado las gafas para librarlas del velo de vaho, miraba con ojos torpes a Michael. ¿Qué diablos le pasaba a la cara de aquel hombre? ¿Era posible...? ¿Aquél era el tipo que se había gemido, arrastrado, humillado, convertido en gusano...?

Se puso las gafas, desconcertado.

—Diga, Foxbinder: ¿con qué otros elementos cuenta? No me refiero sólo a hombres; quiero decir arsenal también, o alguna clase de estrategia que...

—Lo he perdido todo —cortó Foxbinder, con un rictus nervioso en la gruesa boca.

—¿Absolutamente todo? Se desprende de lo que hemos hablado que usted ha dispuesto de poder, de gente, incluso de dinero...

—Fue en mejores tiempos. Izzaro, como ya le he dicho, lo estropeó todo; perdí una gran cantidad de dinero. Ahora..., disponía de esos últimos millones, usted ya sabe; iba a pagar esa cantidad por el control remoto. En cuanto a hombres..., supongo que ya habrán caído todos en la trampa que haya tendido el

F. B. I.,

en el barco. Soy hombre hundido, Crane.

—Lo celebro.

Foxbinder pestañeó.

—Bien, es lógico que diga eso...

—Está a disposición del

F. B. I.

Esta noche, le... —Un momento, Crane.

—¿Sí?

Foxbinder le miraba con fijeza, con aire de haber tomado una resolución.

—¿Sí? —repitió Michael—. Diga lo que sea.

—Quiero rectificar algo; aún tengo algo: la vida.

Fue una especie de rebelión de Foxbinder. Fue algo que estalló dentro de él. Además, por culpa de Crane, de su cara gris. Foxbinder parecía haber despertado de una pesadilla, en lo que sólo había oído mentiras... Aquel tipo, Crane, no podía ser quién decía; no podía haber destruido sólo su tinglado...

Foxbinder se consideró con fuerzas para atacar.

No era un hombre flojo, ciertamente, y sus dos manos, rabiosas, rápidas, en un instante de sorpresa de Michael, consiguieron hacer presa en el cuello de éste.

Por unos momentos, el hombre del

F. B. I.,

empezó a notar síntomas de asfixia, mientras Foxbinder tiraba de él, casi le hacía pasar por encima del escritorio... Foxbinder resollaba con fuerza, apretaba, lanzaba los jadeos al rostro de Michael.

Fué una pura ilusión para Foxbinder; la reacción de Michael tenía que llegar.

Brutal: Primero, un golpe debajo de la barbilla, que hizo que Foxbinder se cortara la lengua; segundo, le clavó los dedos índice y corazón en los ojos, sin miramientos.

Lo dejó sentado, de momento, con las dos manos en el rostro, estremecido. Luego, cesaron los guturales gritos de Foxbinder, quien se desplomó, cayendo de costado, abandonando el sillón.

Michael, calmoso, dio vuelta al escritorio, y miró al tipo.

Allí estaba, inutilizado para toda la vida.

—Debiste seguir como un caballero... —murmuró Michael—.

Aunque muchos no lo crean, eso siempre reporta alguna ventaja.

Luego, Michael miró en torno.

Se efectuaría un buen registro en aquel despacho, y en toda la quinta, por supuesto.

Miró los inútiles rompecabezas, y sonrió levemente.

Foxbinder tardaría bastante en recuperarse, y Michael, entonces,

optó por no tocar nada de allí, de momento. A su debido tiempo el F. B. I., enviaría hombres adecuados.

Recordando algo, apareció en el vestíbulo, y de allí pasó al jardín. Estaba a oscuras, a excepción de las zonas que recibían luz indirecta; ya del vestíbulo, ya del despacho de Foxbinder. Aun así, Michael no tuvo que buscar demasiado.

Allí estaba el cadáver, tirado entre unos setos, de cara al cielo cuajado de estrellas.

Michael se acercó al cadáver; contemplándolo, cuando oyó, aun un poco lejano el rumor de un auto, que se acercaba a considerable velocidad, ya que apenas tardó un minuto en llegar al frente de la quinta. Al frente del equipo de Michael, llegaba Dean. Detrás, Marquand y Mitchell.

Corrían, armas en mano, sin ver nada. Hasta que Marquand casi gritó al ver a Michael Crane, que les esperaba, tranquilo, en pie junto a aquel cadáver. Los recién llegados rodearon al muerto, mirándole. Y Dean, con una sonrisilla, miraba a Michael; por fin, dijo:

—Fallaste, ¿eh, Crane? Siempre he oído decir que en tus misiones no hay muertos; que no matas...

—Yo, Dean, no mato —dijo Michael, sin alterarse—. A ese hombre le mató Foxbinder. Por cierto tomad nota: el muerto se llama Izzaro. Por lo que se ve, era un agente a nuestro servicio..., y al de otros países. Por lo menos, agente doble. Lo afirma Foxbinder..., y yo le creo. Habrá que ver que ha tocado con su corrompida mano ese Izzaro...

Todos miraban a Michael.

Sí, tenía la cara inexpresiva, vulgar, gris...

—¿Y... ahí dentro? —inquirió Dean.

—Haceos cargo de Foxbinder, Olga, Emmanuel y Louis. Estos dos últimos son hombres al servicio de Foxbinder. Pero..., vamos. Seguidme.

Los cuatro hombres del F. B. I.,

instantes más tarde, estaban en el despacho de Foxbinder. Allí Mitchell y Marquand recibieron instrucciones más concretas.

Tenían que ir en busca de los que estaban en el sótano. Ambos

unos minutos más tarde, estaban mirándose, asombrados, por aquello que veían. Los dos gigantes negros, realmente, habían recibido una paliza difícil de olvidar; en especial, Emmanuel, que con un ojo menos no dejaría de pensar en ello todo los días de su vida.

Los dos negros estaban conscientes, pero ni despegaron los labios. En cuanto a Olga, aunque daba señales de recuperación, aún no se recobraba; había sido muy violento el golpe recibido en la cabeza.

Marquand y Mitchell dedicaron su atención a los negros. Marquand utilizó la llave maestra que le había dado Michael, y libró a los dos hombres de las argollas.

—Andando —gruñó luego Marquand.

Los federales empuñaban sus armas.

Emmanuel y Louis ni siquiera hacían preguntas. ¿Para qué? ¿Acaso no estaba claro lo ocurrido? Y lo que mayor confusión creaba en su cerebro era lo ocurrido con el miserable hombrecillo, con el tal Alex...

Arriba.

Dean acababa de telefonar. Miró a los negros, y a Foxbinder, que gemía, aun con las manos en el rostro, sentado en el sillón.

Dean dijo:

—Llegará una ambulancia de Miami. Antes de hora y media llegará aquí. Está gente será trasladada a la enfermería de la Delegación.

A las argollas sucedieron las esposas, las manillas. Los tres hombres negros estaban esposados, cuando Michael mirando a Marquand, inquirió:

—¿Y Olga?

—Está sin sentido, y...

—Subidla también. Y llama más gente. Hay que efectuar un registro completo de esta quinta, aunque no espero sorpresas... De haber alguna otra baza, Foxbinder la hubiese jugado. Pero lo sabemos todos: hay que presentar el máximo número de pruebas. Ya que no puede ser condena a muerte, que duré cien años su prisión...

Marquand y Mitchell, un poco impresionados, optaron por no despegar los labios y volver al sótano.

Quizás algún ruido la había despertado, por fin. Pero le dolía la cabeza, y estaba muy confusa. Iba recordando ya lo ocurrido. Tan sólo había algo extraño: Alex debería estar allí, en las argollas, como ella. ¿Qué habría ocurrido?

Estaba sola allí, en situación incierta, y sintió congoja. Todo dependía del resultado del ataque al barco... Pero no. No podía ser. Los del barco conocían el paquete, bien, pero no su contenido... Era cosa de Alex. ¿De Alex...? Imposible... Era un estúpido incapaz de jugada semejante. ¿Entonces?

Oyó pasos.

Esperaba ver a Alex, pero no. No era Alex.

Eran dos hombres.

Al verles, al reconocerles, Olga quedó como sumida en un marasmo de desconcierto, de incompreensión... No obstante, por unos segundos tan sólo, ya que su mente, de inmediato buscó la explicación a la presencia allí de los «gangsters». De un modo u otro habían localizado a Alex. Alex, en definitiva, les había traicionado... Y estaba allí.

—Ustedes... —susurró, por fin, Olga.

—Nosotros, Patty —dijo Marquand, con leve sonrisilla.

—Bien, dejen que les explique... Fue Alex quien me sacó del fondo del lago. Les aseguro que no soy responsable en absoluto de lo que él haya podido hacer... Pero, además...

—No se moleste, Patty. No es necesario que hable tanto. Está detenida a disposición del

F. B. I.

—gruñó Mitchell.

Olga pareció acusar un impacto en el plexo solar.

—¿Cómo... cómo dice...? —susurró.

—Somos agentes del

F. B. I.,

Patty.

—No... No, no... ¿De qué están hablando?

—Alex también es agente del

F. B. I.

Se llama Michael Crane, y... usted ya lo habrá notado, Olga: Crane es nuestro mejor contraespía.

Olga pestañeaba; parecía guiñar sus grandes y hermosos ojos; de

pronto, se echó a reír. Pero... demasiado agudamente.

—¡No digan tonterías...! —estalló, por fin.

Y les miraba con rara ansiedad.

—No es ninguna tontería, por fortuna para el

F. B. I.,

y por desgracia para usted y Foxbinder en este caso. ¿Quieres abrir ya las argollas, Mitchel?

—Sí...

Mitchell abrió. Ella podía ya bajar los brazos, flexionar; pero lo hacía muy lentamente, sin dejar de mirar a aquellos dos hombres.

—¡Ustedes no son más que unos sucios «gangsters»! ¡¿A qué viene esto ahora...?! —gritó, de pronto.

—Cálmese, Olga. Por si le sirve de algo, vea mi credencial.

Marquand se la plantó ante la nariz.

—Pero..., pero no puede ser... Ustedes buscaban a un «gángster»... A un tal Ottavio, y me confundieron con Patty, y...

—No, Olga. No había confusión. La buscábamos a usted. Ottavio, y su chica, Patty, jamás han existido... Es decir, sí han existido pero sólo en el cerebro de Michael Crane. Éste ideó todo el cuento para confiarla a usted, para estar con usted, para sonsacarla, para apoderarse de usted, y tener todo lo que usted quería tener... Todo lo que usted iba a tocar, lo tocaría él antes...

—No, no... Ustedes me echaron lastrada al lago...

—Pero viva, Olga —sonrió Marquand—. Era algo que nos preocupaba. Michael no estaba muy seguro de que usted no sospechara. Pero, claro, sólo arrojándola viva permitíamos que Michael la salvara...

—¡Mentira! ¡El me...!

—Olga: suba. Venga con nosotros.

—No pueden convencerme... Michael, o Alex, o como se llame, no puede ser un agente del

F. B. I.,

que ve a dos verdugos rusos, no huye ni se oculta...

—¿Verdugos rusos? Oh, sí... La otra invención de Michael... En realidad, quien hizo hablar a Munilla fue Michael... —dijo Marquand—. Es cierto que Munilla murió, pero en ello no ha intervenido cara nada Michael; ni siquiera nuestra voluntad; fue un error. Lo del verdugo lo ideó Michael para que usted reaccionara de

algún modo... favorable a las ideas de él, de Crane. Y usted lo hizo. Olga. Comprenda: ha luchado contra un auténtico cerebro. Suba de una vez.

—Están locos... ¡Cerebro ese imbécil...! Usted ha podido falsificar esas credenciales... Alex, o Crane, no es más que un pobre idiota miserable; un gusano... Me gustaría que le hubiesen visto llorar y suplicar...

—Sí, en efecto —sonrió torcidamente Marquand—, ese espectáculo quisiera contemplarlo alguna vez. Ha de ser muy curioso. ¿No, Mitchell?

—Yo pagaría —rió Mitchell.

—Pero..., pero no lo entienden... Esperen, esperen, estoy confusa... El «gángster» que buscaban, y su chica Patty...

—Reaccione. No existe. Fue una idea de Crane para acercarse a usted y raptarla sin que usted sospechara nuestras verdaderas intenciones. Crane aún no sabía a ciencia cierta que pieza interesaba de veras, y sólo la tenía a usted para saber y sonsacar.

De pronto, Olga pareció rendirse.

Arriba, al despacho. Habían llegado más hombres del
F. B. I.

La redada en el buque estaba lista, Foxbinder recibió la noticia de que, efectivamente estaba aplastado.

Había cierto bullicio en el vestíbulo. Dentro, en el despacho, estaba Michael. Le gustaba fumar un cigarrillo de vez en cuando, y no pensar.

Tardó medio minuto en darse cuenta de que Olga estaba en la puerta, mirándole con obsesiva fijeza. La descubrió por esa impresión notoria de ser observados, si el observador lo hace con fijeza, con insistencia. Y alzó la mirada, posándola, entre los ojos de Olga.

Ella, sin que Marquand y Mitchell se lo impidieran, avanzaba; se colaba en el despacho.

Se detuvo delante de Crane; el tipo del pecho hundido; miserable, flojo, flaco, repugnante con sus besos babosos...

—¿Quieres decirme algo, Olga? —inquirió con un tono de voz normal, calmado, Michael.

Ella aún le miraba, le escrutaba, silenciosa.

Se humedeció los labios, por fin, y dijo:

—Me... han explicado tu hazaña, Crane...

—Una misión más, tan sólo.

—¿De veras? ¿Sólo eso?

—Ya lo he dicho, Olga.

—Entonces..., has debido reírte mucho de mí...

—Yo no me río de mis enemigos. Les vigilo. Tanto a ellos a sus reacciones; jamás me confío. De ahí que prácticamente nunca me veo obligado a matar. Sólo en alguna excepcional situación...

—Has llegado a estar en esa situación, Crane —dijo Olga—. Yo iba a matarte, iba a disparar contra ti, a acribillarte, cuando llegaron los negros.

Michael esbozó una sonrisa.

—Sé que ibas a disparar. Tal vez me hubieses matado...

—¡Sin tal vez! No eres..., no puedes ser, invulnerable... No, no... Tienes un cerebro privilegiado, lo admito... ¡Pero no dejas de ser un miserable hombrecillo que sólo es capaz de inspirar la más honda repugnancia! ¡Gusano! ¡Eres un...!

—Olga, por favor, cálmate. ¿Recuerdas?, me dijiste que eras una gran espía internacional, una pantera... Querías impresionar al desdichado Alex. Bien..., por favor, ahora no descendas a convertirte tan sólo en una gatita doméstica.

La sensación de ridículo, de impotencia, la humillación, dejó anonadada a Olga.

Inclinó la cabeza, resollaba.

—Vete ya —dijo Michael.

—Sí, es mejor... Supongo que tendré tiempo para reflexionar en todo lo ocurrido... Ha sido una pesadilla... Ha sido lo que tú querías que fuese, ¿no es así?

—Creo que sí.

Olga iba a decir algo más, pero Michael estaba ya a su lado, y la agarró por un brazo.

—La están esperando, Olga —dijo—. Usted, puesto que no tiene ninguna herida de cuidado, irá directamente a un calabozo de la Delegación del

F. B. I.,

en Miami.

No, ella no tenía heridas de consideración... Sí, los dos negros y Foxbinder... ¡No podía haber sido Crane...!

Como loca, caminaba rápidamente; quería alejarse de aquel monstruo...

Desapareció con Michael.

Marquand, sonriendo, con un cigarrillo entre los labios, lo que le obligaba a entornar los ojos para evitar el humillo irritante, se aproximó a Michael.

—Crane... —Gruñó.

—¿Sí, Marquand?

—En fin..., quería decirte algo...

—Adelante, entonces.

—Pues... lo resumiré: ¡eres un tío fenomenal!

FIN



CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA S.A.

6401 NW. 36 th. Street

VIRGINIA GARDEN FLORIDA 33166 - U.S.A.

Afiliada al Bloque de Publicaciones Dearmas

R EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

15
Ptas.



